

8.12-67-



LA VERDAD CATÓLICA.

REVISTA

RELIGIOSA, CIENTÍFICA, LITERARIA E HISTÓRICA.

Con la aprobación y licencia de la autoridad eclesiástica.



SEVILLA:—1867.

Imprenta de Manuel Padilla y Salvador
Colon y Batehojas, 12.

REVISTA DE LA LIBERTAD CATORCEVA

Los Señores suscritores que deseen encuadernar los dos tomos ya concluidos de nuestra Revista pueden remitirlos á esta Administracion; donde además de encuadernarse por el módico precio de 5 rs. tomo para los suscritores de Sevilla y 6 cada uno de los que hayan de mandarse por el Correo, se les completarán gratis cualquiera pliego que les falte ó se haya inutilizado.



Núm. 15

8 de Setiembre.

Año 2.

LA

VERDAD CATÓLICA.

REVISTA

RELIGIOSA, CIENTÍFICA, LITERARIA É HISTÓRICA.

POR UNA SOCIEDAD DE ECLESIÁSTICOS,

BAJO LA DIRECCION DEL

SR. D. NICOLAS DE LORA Y RIVAS, PRO.

CAPELLAN REAL DE LA DE SAN FERNANDO.

Con la aprobacion y licencia de la autoridad Eclesiástica.

TOMO 3.º

SEVILLA.

Imprenta de Manuel Padilla Salvador; Colon 10.

1867.

8 de Septiembre de 1887

REVISTA

DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIOS HISTÓRICOS Y LINGÜÍSTICOS

DE LA DIRECCIÓN DE ESTUDIOS HISTÓRICOS Y LINGÜÍSTICOS

DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIOS HISTÓRICOS Y LINGÜÍSTICOS

DE LA DIRECCIÓN DE ESTUDIOS HISTÓRICOS Y LINGÜÍSTICOS

DE LA DIRECCIÓN DE ESTUDIOS HISTÓRICOS Y LINGÜÍSTICOS

TOMO 3.º

REVISTA

DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIOS HISTÓRICOS Y LINGÜÍSTICOS

1887

SUSCRICION EN FAVOR DE S. S.

Suma anterior.	594 rs. vn.
D. Antonio Quero, Pro. (mensual)	10.
Suma reales.....	604.

EL ALMA.

Concluida la parte expositiva sobre los misterios de la Trinidad con el dogma del Espíritu Santo, como procesion inefable del amor infinito, no tenemos la pretension de haber hecho una cosa nueva, ni acabada; porque nada nuevo puede esperarse sobre materias tan controvertidas, de las que se han ocupado las mejores plumas del mundo cristiano; ni las condiciones de una revista nos permitian mas que ligeras é inmediatas deducciones de la letra que consig-

na el misterio; pero tenemos la satisfacción de haber procurado cumplir nuestro empeño como escritores cristianos y como espositores de la *Verdad Católica*; y aunque cansados de caminar por una senda poblada de espinas de todos los errores, y temerosos por nuestra insuficiencia de poder tropezar en las escabrosas sinuosidades de tantas cavilaciones heréticas; asegurados con el báculo robusto de la fé, é ilustrados con la claridad inapagable de la voz constante de la Iglesia, y de la tradicion universal, vamos á seguir llenando nuestro propósito, y cumpliendo nuestra promesa de esponer el dogma católico presentándolo como hasta ahora con toda la pureza, claridad, y sencillez posible, á fin de cumplir nuestro importante apostolado, y recoger el fruto que en mas ó en menos abundancia produce siempre la buena semilla, aun sembrada entre las malezas de todos los errores de la filosofía contemporánea.

Hasta aquí hemos meditado en Dios, como Dios y con relacion á la humanidad; ahora vamos á empezar á tratar del hombre como hombre, y con relacion á la divinidad; vamos á poner en relieve ese compuesto admirable de espíritu y materia, de cuerpo y alma, que ni igualarse debe á Dios como quieren los panteistas, ni asemejarse al estólido bruto, y hacerse semejante á ellos como pretenden los materialistas; sistemas ambos tan monstruosos como inconsistentes, que nacidos de un principio de rebelion contra la voz de Dios, y de la razon misma, ni tienen otra condicion, ni tienden á otro fin, ni ofrecen otras ventajas que los halagos del orgullo, recogiendo con gran trabajo las flores deshojadas de la filosofía del paganismo.

«No hay mas que un Dios (dicen los panteistas) que ha creado de su propio ser al universo; asi no hay mas que una sola creencia, que es la esencia infinita de Dios repartida en toda la naturaleza. Ved aqui el panteismo que en nuestro artículo, *Dios*, tenemos combatido: sistema monstruoso que desentendiéndose de todas las debilidades humanas, y rebajando á la divinidad hasta el rincon mas apartado de la naturaleza, multiplica, produce y termina hasta el infinito las condiciones de un ser necesario, desgarrando la esencia de Dios, y volviendo á vestirla con los despojos de su misma creacion.

A un origen tan elevado y una existencia tan santamente respetable de la humanidad, en la variedad é inconstancia de la filosofía debia seguirse el extremo opuesto de la abyeccion y del envilecimiento, y acto continuo la misma impiedad se encarga de combatir la invencion del Panteismo suponiendo á la naturaleza formada de la misma sustancia divina: «es altamente monstruoso é indigno de Dios, (dijeron) considerar á este ser infinito constantemente ocupado en dar y recojer las partes que prestaba á todos los seres del universo. Y ¿que necesidad tiene la filosofía de recurrir á ideas tan abstractas, de filosofar sobre una cosa espiritual que no la vemos, despreciando á la materia que se vé, se toca, y de quien podemos admirar su fuerza y energia? ella es activa por si misma, y esta sola condicion explica su origen, su reproducción y su existencia; ella sola es eterna, necesaria, é infinita; ¿para qué ese Dios teniendo á la materia dotada de tales condiciones? Dios es un enigma (dicen unos); es una palabra vacia de significacion (dicen otros); es una burla para la humanidad,

dice Epicuro, ó un fantasma que ha inventado el temor, como opina Lucrecio, impuesto por la fuerza, sostenido por ridículas preocupaciones, y explotado por la impostura y la supersticion..... Sea cual fuere el principio que domine al hombre, como no hay mas que materia, este principio es material..... No hay alma; el alma es una idea sin significacion.» Ved aquí el Materialismo.

No nos detendremos á probar la creacion del hombre segun los detalles bíblicos, en que el Verbo, la palabra creadora llama á la Trinidad para tratar sus dotes y prerrogativas, haciéndolo á su imágen y semejanza; él corona la creacion, y la preside como su Señor y su Rey: daremos solo una ligera ojeada sobre las condiciones de su ser, y los instintos que se notan en su existencia.

El hombre es un ser que piensa y discurre, que ama y aborrece, de modo que la verdad, la virtud y la belleza, son los principales objetos que lo ocupan, y con una accion tan suprema y constante, que ni acaba en sus actos, ni estos se limitan al mundo sensible y material; aunque encerrado en la cárcel del cuerpo, se desentiende de sus mismos sentidos, sube solo por una fuerza interior á las regiones invisibles, deja atrás las estrellas y los cielos, sube hasta el trono de la eternidad, y con una deduccion lógica y precisa, toca y conoce la inmensidad y descubre el infinito. Él vive en medio de los seres, y con una libertad de contradiccion y de indiferencia, quiere ó no quiere; ama á unos, aborrece á otros, distingue el bien, prefiere el órden, le encanta la virtud, se estasia en la belleza, desea siempre, y siempre aspira; ¿este ser es puramente materia, sin otra diferen-

cia de la planta y del bruto que la mayor actividad y energía de los órganos que componen su cuerpo? ¿puede ser materia lo que revela desde luego superioridad y hasta contradicción con la materia misma? Por poco que nos detengamos á meditar, advertiremos que hay dentro de nosotros un mundo invisible, que no podemos habitar sino haciéndonos abstracción del mundo corporal y sensible, mundo que el sol y la luna no bañan con sus rayes, donde no hay día ni noche, mundo que improvisa el pensamiento cuando separado de la materia, ni ve, ni oye, ni siente su vida corporal; y sin embargo, nunca vemos tanto, ni sentimos tan profundamente, como cuando cerrados los ojos á la luz, encontramos ese mundo ideal donde residen las verdades que son objeto de nuestras cavilaciones y las afecciones del corazón que nos hacen gozar las impresiones mas fuertes y mas agradables; en unas y en otras encontramos el bien y la belleza que trasporta nuestro ser con sensaciones mas dulces que todas las de la vida: ¿es esto obra de la materia?

Hay mas todavía: el pensamiento del hombre entra en ese mundo ideal con una superioridad de acción que domina á toda la naturaleza; allí fabrica su santuario, se pone en relacion con los seres invisibles, toca al trono de la justicia, adora la perfección infinita, y llevando consigo un graduador exacto de su responsabilidad, ni se halaga, ni se perdona, pues el graduador que le promete ó condena, no obedece á las leyes de la materia, no se mueve por el impulso de consideraciones políticas y sociales; sino que sin respetar los bienes de fortuna, por cima de todos los halagos del placer, le augura el sufrimiento y la pena,

y faltando todo lo que halaga al cuerpo, cuando este se encuentra abatido con la pobreza, la miseria, la enfermedad y la muerte, le anuncia la vida y la felicidad; ¿y es posible á la materia elevarse sobre la materia misma, ponerse en contradiccion con sus leyes y ofrecerse premio ó castigo contra los principios de su organizacion y de su vida? ¿qué aberracion es esa por la que el hombre materia se desentiende de la materia misma, para gozar ó para sufrir con emociones contrarias á la naturaleza material? ¿qué modificacion ha podido recibir la materia hombre, que le hace sentir en una esfera invisible, inestensa y contradictoria consigo misma?

Son condiciones esenciales de la materia, la estension, el peso, la figura y el movimiento; pero la sensibilidad, el pensamiento y la conciencia, son atributos especiales de nuestro ser, que ninguna relacion tienen con el mundo material. Ese principio de absoluta soberanía por el que mando y soy obedecido por todos los órganos de mi cuerpo con una armonía tan maravillosa, que el pié y la mano solo se mueven al capricho de mi voluntad; esa fuerza interior por la que elevado sobre todo lo que me rodea, no hay espacio que me detenga, ni siglos que me sugeten, ni órden que no me pertenezca; yo vivo en el pasado, y en el porvenir, en los palacios de la razon, y en la basilica de la virtud; abarco todo el universo, y con un análisis matemático cuento sus leyes, y sus relaciones físicas y morales: ¿es esto material? ¿y de dónde le viene esta fuerza y esta soberanía que ha sido el escollo para tantos ilusos?

Hemos dicho que son condiciones esenciales de la materia, primero, la estension; y el pensamiento es il-

mitado; segundo, la forma ó la figura, y el ojo no la ve, pero sin embargo obra y de una manera constante, aunque diversa ¿cual es el principio de ese movimiento no interrumpido que el hombre puede dirigir pero no evitar? ¿de dónde emanan esas afecciones que experimenta así en sus relaciones con la materia como con los seres abstractos, entes de razon que ni viven, ni habitar pueden en la atmósfera corporal y sensible?

Segun los principios materialistas, el ser pensador, la razon del hombre, nace de un ser que no piensa ni tiene razon, y en este caso el producido es mayor que el producente, la materia da lo que no tiene, y con una particularidad digna de notarse, y es, que solo la materia hombre, es la única que en todas sus infinitas combinaciones ha podido y no ha dejado de pensar, y ni las mismas de la materia han podido jamás formar otro compuesto que piense y racione. El hombre hace estatuas, (dice Lactancio) pero apesar de los recursos de su inteligencia y los empeños de su voluntad, no ha hecho mas que estatuas; jamás ha podido formar un ojo que vea, una lengua que hable, una mano que obre, una cabeza que piense, y si la materia razonadora del hombre no ha podido sacar jamás un ser razonable, ¿podrémos nunca conceder que el ser razonador es materia?

Aun encontramos todavía otro absurdo práctico sacado de las leyes del movimiento, que no podrá explicar jamás el filósofo materialista. Ese gran fenómeno que sostiene la vida de los seres, y fija sus relaciones con los demás; esa fuerza maravillosa que sostiene al universo en su movimiento constante de rotacion, para renovar las estaciones, repetir los dias y

Las noches, conservándolo siempre en una distancia proporcionada para que ni muera abrasado por los rayos del sol, ni se hiele con las nieves del polo; ese equilibrio maravilloso y sorprendente verificado por dos fuerzas contradictorias combinadas para sostener la vida de los seres; esa fuerza invisible, en fin, del movimiento individual que prueba la inteligencia y explica la voluntad del hombre; todos estos fenómenos tan constantes como maravillosos ¿han nacido de la inerte materia? ¿no hay, ni ha habido un motor? El impio Espinosa decia, que todo cuerpo es movido por otros; es verdad; pero, ó hemos de retroceder al infinito buscando el origen del primer movimiento, ó hemos de conceder un primer motor, el alma en el hombre: Dios en el universo.

Bien sabemos, que un discípulo y sectario de esta escuela monstruosa, creyó haber encontrado la solución de todos los problemas, diciendo, que el movimiento es una cualidad esencial de la materia; esta nueva ley inventada por el filosofismo moderno, hizo celebrar sus triunfos contra los defensores de la Biblia y los partidarios del alma racional; pero sus triunfos han desaparecido, y hoy se ven reducidos al silencio, sin poder desembarazarse de este solo silogismo.

Las cosas no pueden concebirse sin las condiciones esenciales que las constituyen; así el hombre en reposo ó inacción no sería hombre, y el animal que se echa, el ave que se posa, el insecto que muere para realizar su crisálida, el hombre en fin que para, que duerme y que descansa, perderían su naturaleza, puesto que habían perdido la condición esencial de su ser; ¿y el hombre dormido no es hombre? al despertar y en el mismo sueño ¿no puede continuar tranquilo ó vol-

ver á su movimiento y accion? luego no es el movimiento una condicion esencial de la materia, sino accidental en sus actos, esencial en su principio que es el alma.

Creemos que el hombre podria dudar de todo, aun de las mismas cosas que hace por sus sentidos; porque hay ilusiones ópticas, auditivas, creaciones fantásticas, pero la existencia del alma racional está fuera de toda duda y de toda sospecha. No se puede estudiar al hombre, sin concederle un alma que no es materia, por la cual se vivifica; no puede concebirse la creacion, ni explicar las leyes constantes de la naturaleza, sin conceder al ser racional un principio de todas sus facultades, origen de todas sus maravillas.

Tres clases de seres conocemos, segun la razon y la fé: espíritus puros, que son Dios y los Angeles; materia pura, que son todos los cuerpos sensibles que componen la naturaleza; y espíritu y materia unidos, que es el hombre: dos substancias distintas, el alma y el cuerpo, componen una sola persona, un solo individuo, el hombre; no es solo materia, puesto que piensa, conoce, raciocina y ama; no es solo alma puesto que tiene estension, figura y movimiento; no es la materia el principio pensador, y sí el alma, porque siendo aquella divisible y múltiple, repugna al ser pensador que es esencialmente uno; ved aquí el alma racional, espiritual é inmortal, como veremos en el artículo siguiente.

NICOLÁS DE LORA, PRO.

LAS CREENCIAS RELIGIOSAS

de los principales filósofos en los tres últimos siglos

FR. LUIS DE GRANADA.

(CONTINUACION,)

Después de haber señalado Fr. Luis de Granada algunas autoridades de notables filósofos y de revelar verdades superiores á todas las conocidas en el orden racional hasta su tiempo, continúa por sí mismo dando elasticidad á los principios filosóficos en orden á los conocimientos que nos han de dirigir á la primera causa, y dice: «Mas dejada aparte la sutileza de los argumentos, hemos de considerar la hermosura de las cosas que confesamos haber sido fabricadas por la providencia divina. Y primeramente miremos toda la tierra sólida, redonda y recogida con su natural movimiento dentro de sí misma: colocada en me-

dio del mundo, vestida de flores, de yerbas, de árboles y de mieses, donde vemos una increíble muchedumbre de cosas tan diferentes entre sí, que con su grande variedad nos son causa de un insaciable gusto y deleite.

«Juntamente con esto contemplemos las fuentes perennales de las aguas frias, los licores claros de los rios, los vestidos verdes de sus riberas, la alteza de las concavidades de las cuevas, la aspereza de las piedras, la altura de los montes, la llanura de los campos. Añadamos tambien á esto las venas escondidas del oro y plata y la infinidad de los mármoles preciosos. Y demás de esto ¿cuánta diversidad vemos de bestias, dellas mansas, dellas fieras, cuántos vuelos y cantos de aves, cuán grandes pastos para los ganados? ¿Y cuántos bosques para la vida de los animales silvestres? ¿Pues qué diré del linage de los hombres, los cuales puestos enmedio de la tierra como labradores y cultivadores della, no la dejan poblar de bestias fieras, ni hacerse un monte bravo con cuya industria los campos y las islas y las riberas resplandecen repartidas en casas y ciudades?

«Pues si todas estas cosas mirásemos de una vista con los ojos como las vemos con los ánimos, ninguno habría que mirando toda la tierra junta tuviese duda de la divina Providencia. Mas entre estas cosas, ¿cuán grande es la hermosura del mar, cuánta la muchedumbre y variedad de las islas que hay en él; qué frescura y deleite de sus riberas, cuántos linages de pescados, unos que moran en el profundo de las aguas, otros que andan nadando y corriendo por cima de ellas, otros que están pegados con sus conchas naturales á las peñas: y el mismo mar de

tal manera con sus playas y riberas, se abraza con la tierra que de dos cosas tan diferentes viene á hacerse una comun naturaleza de ambas?

«Luego el aire vecino al mar se diferencia entre dia y noche, el cual unas veces adelgazándose, sube á lo alto, y otras espesándose se convierte en nubes y recogiendo en sí los vapores del mar, riega la tierra con sus aguas, y corriendo de una parte á otra causa los vientos. Y él tambien sostiene sobre sí el vuelo de las aves, y nos dá el aire con que se mantienen y sustentan los animales.

«Réstanos ahora el postrer lugar del mundo, el cielo, tan alejado de nuestras moradas que ciñe y abraza todas las cosas y en el cual aquellas lumbreras resplandecientes de las estrellas hacen cursos tan ordenados, que son causa de grande admiracion á quien los contempla. Entre los cuales, el sol naciendo y poniéndose es causa del dia y de la noche, y llegándose á nosotros un tiempo del año y desviándose otro, hace dos vueltas contrarias: y en este intervalo se entristece la tierra con su ausencia y despues se alegra con su venida. Mas la luna, (que como los matemáticos dicen, es mayor que la mitad de la tierra) caminando por las mismas vias que el sol, envia á la tierra la lumbre que recibe del, mudándose muchas veces y eclipsándose con la sombra de la tierra y eclipsando ella al sol, cuando se le pone delante.

Síguese luego la muchedumbre de las estrellas fijadas las cuales están de tal manera ordenadas, que vienen á hacer ciertas figuras por las cuales son nombradas, como es el Carro, la Bucina y otras semejantes, que son guia de los que navegan por el mar.

Todo lo susodicho es de Tulio, el cual prueba con esto, que cosas tan grandes, tan provechosas, tan hermosas y tan bien ordenadas, no se pudieron hacer acaso, si no que tienen un sapientísimo hacedor y gobernador.

«Y un poco mas abajo, declarando el cuidado que la divina Providencia tiene de acudir á las necesidades humanas, dice della, que demás del comun pasto y mantenimiento de todo el mundo, produjo en diversos lugares diversas cosas para el uso y provision de nuestra vida. Y así vemos, dice él, que en Egipto el rio Nilo con sus crecientes, riega y cubre en el tiempo del estío toda la tierra, y esto hecho se recoge, dejando los campos ablandados, y dispuestos para la sementera. A Mesopotamia hace fértil el rio Eufrates: en la cual cada año renueva los campos y casi los hace otros. Mas el rio Indo que es el mayor de todos los rios, no solo alegra y ablanda los campos, sino tambien los deja sembrados, por traer consigo gran número de semillas, semejante á los granos de que nacen las mieses.

«Muchas otras cosas callamos y muchas tambien decimos; porque no se pueden contar los provechos que nos traen los rios, y las mudanzas del mar, quando crece ó mengua, y los montes vestidos de verdura, y los bosques, y las salinas que se hallan en lugares muy apartados del mar, y la muchedumbre de las yerbas medicinales que produce la tierra, y innumerables artes necesarios para el mantenimiento y uso de nuestra vida. De manera, que por todas partes se concluye que este mundo se gobierna por la sabiduría y consejo divino.»

Despues el eminente Fr. Luis trata de la parte

mas noble y mas alta del alma, que es la que llamamos intelectual; examina por cuántas razones el hombre se ha hecho á imágen y semejanza de Dios y se detiene principalmente en la Providencia espiritual que Nuestro Señor tiene de las cosas humanas, y dice:

«Todo lo que hasta aquí se ha dicho sirve para declarar los motivos que los filósofos tuvieron para reconocer y confesar una primera causa, un primer principio y un primer movedor y gobernador de este universo, que llamamos Dios. En nada de esto pusieron duda los filósofos de mas grave y asentado juicio. Mas así como se hallan á veces cuerpos monstruosos que nacen ó con sobra ó con falta de los miembros acostumbrados, así tambien, y aun mucho mas, hay ánimos é ingenios monstruosos que dicen cosas no solo contra toda razon, sino contra todo el comun consuetudinario del género humano; tales fueron los que confesando la Providencia que Dios tenia de los animales brutos, osaron decir que no la tenia de los hombres, por la confusion y desorden que veian de las cosas humanas, no considerando que como los brutos no son capaces ni de virtud ni de vicio, no hay porqué el Criador altere la providencia que tiene dellos. Mas como el hombre es capaz de lo uno y de lo otro, trátale Dios conforme á sus obras, haciendo bien al bueno y castigando al malo. Lo cual llegó á entender aquel insigne filósofo moral Séneca, porque hablando de Dios, dice: El que nos trata de la manera que nosotros le tratamos. Dando á entender que á los que reverencian y honran á Dios como á verdadero Señor y padre, trata él como á fieles hijos y siervos. Cuán grande y cuán universal doctrina se comprende en estas tan breves palabras! Mas

aquí es de notar, que cuando decimos que hace Dios bien á los buenos y castiga á los malos, no entendemos aquí por bien los bienes temporales (los cuales ni aun los filósofos llamaron bienes) ni por mal la pobreza ó falta dellos, pues esta no merece nombre de verdadero mal, pues todos los santos voluntariamente la amaron y procuraron. Así que la Providencia que el Criador tiene de los animales, siempre es de una manera, mas la de los hombres diversa, segun la diversidad de sus obras.

«Mas contra estos filósofos desvariados, se armaron los verdaderos y grandes filósofos. mayormente los que se llamaron estóicos (que eran muy devotos de la virtud) probando con gravísimas razones la providencia que generalmente tiene aquel soberano señor de las cosas humanas. Porque primeramente ¿qué oídos no se escandalizan oyendo decir que Dios tiene cuidado de las bestias y no de los hombres, habiendo sido criadas las bestias y todas estas cosas inferiores para el servicio del hombre? ¿Quién dirá que un padre tiene cuidado de los esclavos y mozos de su hijo y no lo tiene del hijo? ¿En qué razon cabe decir que Dios tenga providencia de cosas tan bajas y desprecie las altas? Y si tiene cuidado de los brutos que ni reconocen el beneficio ni le dan gracias por él, ¿cuánto mas lo tendrá del hombre que lo reconoce y adora y alaba por él?

«Vemos tambien que el amor es causa de la providencia que tienen las criaturas de sus propias cosas, y que cuanto mas las aman, es mayor el cuidado que tienen dellas, como lo vemos en la providencia y cuidado que los brutos tienen de sus hijos que aman. Pues si Dios tiene mayor amor al hom-

bre que á los brutos, lo cual se vé por las ventajas que tiene sobre ellos y por la mas excelente naturaleza que le dió, ¿cómo es posible que teniendo cuidado de lo que menos ama, no lo tenga de lo que mas ama? Vemos por experiencia que si el hombre planta ó enjere un arbolito, se alegra despues quando lo vé crecido y medrado, y cargado de fruto, y le pesa si lo vé maltratar, y huelga de cultivarlo y regarlo. Pues si este amor y cuidado tiene el hombre de un arbolito que él plantó ¿cuánto mayor lo tendrá el Criador del hombre que él formó?

«Añado mas á lo dicho, que si Dios no tiene Providencia de las cosas humanas, ó es porque no puede, ó no quiere, ó no sabe lo que en este mundo pasa. Decir que no sabe, es quitarle la sabiduría: y decir que sabe, mas no quiere, es quitarle la bondad y la justicia, y la caridad y la misericordia, y finalmente, todas sus perfecciones y virtudes, lo cual es horrible blasfemia. Mas decir que no puede, es contra la grandeza de su poder, que es infinito. Porque, quien pudo criar este mundo tan grande, tan hermoso, tan bien ordenado, tan constante en la variedad de los tiempos y en el movimiento de los cielos y poblado de tantas cosas para el uso de la vida humana ¿cómo no podrá gobernar lo que pudo hacer?....

«Estas y otras semejantes razones movieron á los mas grandes y sábios filósofos, como fué Platon y Sócrates su maestro, y señaladamente á los estóicos, uno de los cuales (que fué Séneca) escribió un libro entero de la divina Providencia. Y en una epístola que escribe á su amigo Lucilio, dice estas singulares y notables palabras: Cerca de tí está Dios, contigo está.

dentro de ti está, un espíritu sagrado mora dentro de nosotros, que guarda y nota nuestras buenas obras. Y ten por cierto, que ningun hombre puede ser bueno sin él. Porque ¿cómo podrá alguno despreciar las cosas de la fortuna sin su ayuda? Él es el que nos dá consejos magníficos; y en otra epístola (la 74) dice así: Maravillaste que los hombres vayan á los dioses: mayor maravilla es que Dios venga á los hombres; y (lo que es aun mas vecino) Dios viene á morar en ellos. Porque ninguna buena ánima hay sin el favor y presencia de Dios.

«Todas estas son palabras de Séneca, el cual sin haber leído el Evangelio, confiesa la necesidad de la gracia, sin entender lo que es gracia, y el cuidado de la divina Providencia; por donde hay razon para espantarnos de la ceguedad y locura de los hereges pelagianos, que recibiendo las Escrituras sagradas, negaron la necesidad de la gracia para cumplir los mandamientos y merecer el reino de los cielos.

«A este tan ilustre testimonio de Séneca, añadiré el de Tulio (*De nat. Deor.*) que confiesa lo mismo, diciendo que los dioses inmortales, no solamente proveen á todo el linage de los hombres, sino tambien á cada uno en particular; porque si tienen Providencia de todo el mundo, tambien la tienen de las mas principales partes dél, que son, Asia, Africa y Europa: y si las tienen destas, tambien la tienen de las ciudades dellas, como son, Roma, Atenas, Esparta, Rodas con las demás, y tambien se sigue que han de tener especial cuidado de cada uno de los moradores destas. Y en esta cuenta ponemos á Curio, Fabricio, Metello, Marcelo, Caton, Scipion, Lelio y otros muchos singulares varones que hubo en Roma y en Grecia,

ninguno de los cuales fué tal sin la ayuda de Dios. La cual razon convenció á los poetas y particularmente á Homero, para que señalasen ciertos dioses por compañeros, ayudadores y defensores de los peligros á los hombres heróicos, como fué Ulises, Diómedes, Agamenon y Aquiles; por donde se concluye, que nunca en el mundo hubo algun varon señalado que no fuese ayudado con un soplo y favor de Dios.»

No comprendemos que pueda decirse mas en confirmacion de las creencias religiosas que los filósofos han alcanzado y grabado en su corazon. Fr. Luis de Granada, al citar en su *Símbolo de fé*, los pensamientos notabilísimos de esos filósofos de la antigüedad gentílica y pagana, ha revelado dos grandes verdades. Es la una, en lo que hace relacion á sus conocimientos filosóficos de la antigüedad, su profunda ciencia en el modo de dirigir la razon hácia Dios, y la justicia de considerarlo á la altura de los principales filósofos de los tres últimos siglos; y es la otra, la confirmacion de que en todos los tiempos la ciencia conduce á la fe y la ignorancia á la incredulidad. Mas estas verdades, que vienen de lleno á confirmar nuestro aserto, se hallan mas robustecidas quando se descubren en génios tan eminentemente ascéticos y virtuosos, como lo era el venerable Fr. Luis. ¿No se nos acusa, todos los dias, de enemigos de las ciencias y principalmente de las filosóficas y racionales? ¿No se ha repetido, en todos los tonos y por todas las inteligencias que se llaman ilustradas, que los cláustros condenaban á la razon, y que los aplicados á la teología, fanáticos é ilusos, rechazaban los principios luminosos de la filosofía? Fr. Luis de Granada contesta admirablemente á esos espíritus viciados y

calumniadores de profesion, dando la prueba mas concluyente de que la continua oracion, meditacion y recogimiento, lejos de condenar el discurso lo egercita, estudia, analiza y aprueba usando de él para engrandecer la idea, robustecer la ciencia, elevar al hombre y conocer á Dios.

Mas se nos hace escrúpulo dejar sin dar á conocer las excelencias de la fé que este sapientísimo fraile y filósofo consignó, como fruto de sus meditaciones, en su admirable *Símbolo*.

Concluiremos en el número siguiente esta preciosa insercion, seguros de que nuestros lectores han de recibir mas instruccion en las doctrinas de este grande genio, que en las de otros muchos que parecen figurar en mas alta esfera filosófica; y á los literatos les llevamos la satisfaccion, sentida por nosotros, de resucitar las obras de uno de los clásicos mas notables de nuestra lengua. Algunos nos han felicitado ya por ello, y apesar de hallarse en baja el gusto á la literatura, nosotros sin embargo, no desmayamos y continuaremos en nuestro propósito, Dios mediante, hasta conseguir el objeto de nuestra publicacion; cuales, el hacer comprender, en pleno siglo XIX, que la ciencia, la ilustracion, el progreso y la verdadera filosofia, son el patrimonio de los hombres religiosos, porque solo han dado lustre á la literatura, los que, como Fr. Luis de Granada, se iluminaban con la fé y la revelacion en el estudio de las ciencias.

(Se continuará.)

FILOSOFÍA RELIGIOSA.

INFLUENCIA DEL CATOLICISMO EN LA CIVILIZACIÓN.

I.

Entre los males mas ó menos verosímiles que la *filosofía* (1) ha achacado á la Religión cristiana, y al catolicismo en particular, hay uno señaladamente que reproduce siempre con nueva afectación. La Religión, dice, es incompatible con el desarrollo de la civilización, y se opone por su misma índole á los progresos del espíritu humano. En un siglo en que la sociedad tan envanecida ya de sus conocimientos, desea aun caminar con agigantado paso en la carre-

(1) Es claro que cuando hablamos de la filosofía como enemiga de la Religión, no entendemos la verdadera ciencia filosófica, sino el fantasma, el monstruo impostor, el fanatismo de la impiedad, á quien el siglo XIX decoró con aquel nombre. Y aun que así le cuadraría mejor el de filosofismo, todavía le daremos el de filosofía, porque este es su grito de guerra, si bien le señalaremos con letra cursiva para evitar equivocaciones de buena fé.

ra de la perfeccion social, de todos los supuestos crímenes que á la Religion se imputan, en verdad no fuera este el menos odioso, y á ser cierto, comprendiéramos tal vez ese encarnizamiento de los incrédulos en atacarla y destruirla.

Pero tranquilicémonos; no eran bárbaros esos escritores religiosos, que hicieron tan gloriosamente marchar de frente la fé y el talento: no eran bárbaros todos esos grandes hombres, que por la inimitable perfeccion de sus obras, fueron y serán siempre en algun modo los preceptores del género humano.

Aun si hoy en dia pesáramos los talentos y las luces, y si fuera este el lugar de establecer un paralelo entre los defensores y los enemigos del cristianismo, halláramos sin duda, que los mas bárbaros no son los que han permanecido fieles á la Religion de sus padres. Lejos de haberse quedado atrás, si la Europa de nuestros dias puede gloriarse de su adelantada civilizacion, á ellos debe ciertamente su gloria y su lustre; como si la Religion sola imprimiese á los hombres famosos su inmortal naturaleza, y la estuviese reservado dar juntamente la inmortalidad á las almas y á los ingenios.

Creemos á la esperiencia y á los consejos de nuestros maestros, cuando nos dicen, que la Religion es la fuente de las grandes ideas, de los sentimientos sublimes, de la verdadera ciencia, de la única filosofía que sea digna del hombre: que para elevar y engrandecer el espíritu humano, en el cielo es donde debe buscarse el eterno egemplar de lo perfecto y lo infinito, y que lejos de achicar el alma y la imaginacion cuanto mas el genio se avecina á Dios, tanto mas participa en algun modo de su inmensidad.

Mas si el catolicismo no ha sido poderoso á impedir que Bossuet sea el primero de los oradores, Pascal uno de los mayores filósofos, Racine el mas armonioso de los poetas, ¿por qué impediria el acrecentamiento de la cultura de los pueblos? Si el hombre ha podido sustraerse en todos tiempos á esa fatal degradacion vinculada á un culto proscrito por la *filosofía*, no alcanzamos por qué los imperios dependerian mas de esa pretendida influencia.

Esta cuestion mereceria un exámen profundo; sin embargo, una simple mirada echada rápidamente sobre esta vasta materia bastará para hacer medir toda su estension. Un escritor que quisiera recorrer la historia de cuanto ha hecho el cristianismo en favor de la civilizacion, tendria que trazar un cuadro inmenso, de que ni queremos ni podemos presentar ahora sino un rápido diseño.

Antes de entrar en materia, examinemos el estado actual del catolicismo y de la civilizacion. Uno y otra se han adelantado á la par por en medio de los siglos; casi es el mismo el punto de donde parten; casi igual su progresivo crecimiento, y despues de haber sufrido constantemente los mismos destinos, han llegado en fin hasta nosotros con el grado de esplendor, de fuerza y universalidad en que hoy los vemos.

Sentado este hecho, pueden proponerse las siguientes cuestiones: ¿era la civilizacion independiente del catolicismo? ¿le es de todo punto estraña y pudo acrecentarse sin ningun obstáculo de su parte, y tambien sin otro auxilio que el que hallaba en su propio poder?

¿O bien el catolicismo, lejos de ser favorable á la civilizacion, y caminar simplemente á su lado, sin tra-

bar la libertad de sus movimientos, ha contrariado sus progresos, y detenido la perfeccion del espíritu humano?

¿O bien en fin, la civilizacion es obra del catolicismo, y no ha podido caminar si no bajo sus auspicios, ni vigorizarse si no con la fuerza que él le prestaba?

Parécenos que todo se reduce á estas tres cuestiones, y que si logramos dilucidarlas, el problema quedará cumplidamente resuelto.

Tornemos desde luego á la primera, *si la civilizacion es independiente del catolicismo*. Si avanzó sin él atravesando los siglos, sin que su prosperidad haya sufrido nada por su vecindad, ¿de dónde pues nace esa proscripcion, tantas veces provocada contra él por la *filosofía* moderna, cuando hasta por confesion de sus mas ardientes enemigos, no ha estorbado que el espíritu humano llegase á ese alto grado de perfeccion que sin cesar nos celebran? Dejad pues en paz al catolicismo, puesto que no es un enemigo. ¿Con qué derecho anatematizais un culto extranjero á las cosas humanas, y cuya impotencia para dañaros está hartamente probada por el brillo y difusion de vuestras luces? Que si proseguis combatiendo y anhelando esterminar un rival de quien no teneis nada que temer, mostrareis con ello que no es ya el amor á la ciencia y la libertad el que os guia, sino una apasionada injusticia, un odio disfrazado en apariencia de humanidad popular, un amor gratuito á la destruccion y ruina de cuanto á juicio del verdadero sábio revela el glorioso destino del hombre.

Supongamos por un momento, que la civilizacion ha precedido al catolicismo; no veo tampoco que este

derecho de primogenitura pueda ser un título para comparar la Religión. Porque una de dos; ó el catolicismo ha nacido de la civilizacion, es decir, Dios ha escogido para que naciera, en la época en que el entendimiento humano no podia comprenderle, y en este caso, ¿qué prazon hay para destruir el fruto, y como la consecuencia de la misma civilizacion? O bien esta, indiferente al establecimiento de una institucion estrañã, siguió su camino adelante, independiente del cristianismo; y siendo asi, ¿qué motivo plausible, como antes decíamos, hay para armarse en su contra?

Però si el catolicismo es anterior á la civilizacion, segun vamos á probarlo, ¿qué linage de influencia exerció en esta última, ¿caso que alguna haya exercido, segun vay á mostrarnos la historia?

Cierto, habia una civilizacion antes del Evangelio; però doime á entender, que no es esa la que intentan oponernos nuestros adversarios. Demás de que no existia ya aquella civilizacion, habia perecido en medio de la corrupcion de costumbres, y bajo el peso del despotismo, y el sable de los pretorianos. Ya Tiberio, Caligula, Claudio, Neron habian destruido cuanto quedaba de libertad en lo interior de las almas. Cautivo y degradado el pensamiento no espresaba ya si no la servil adulacion, ni sabia si no andarse rastro al pie de los ídolos y los tiranos. Reinaba el mas espantoso cinismo en los espectáculos, y hasta en el seno de los templos. Todos los sentimientos naturales eran ahogados, ó indignamente desconocidos. Todos los crímenes cometidos sin remordimiento, no eran ya si no acciones indiferentes, y el imperio mas dilatado del universo parecia un inmenso teatro destinado á ofrecer al mundo el cuadro de la mas infame per-

versidad. ¿Ni cómo los pueblos pudieran aun avergonzarse cuando los palacios de los Césares no eran ya sino carnicerías y asilos abiertos á la prostitucion? ¿Qué amparo pudieran hallar las musas en medio de tan desenfrenada licencia? ¿Qué progresos hacer las ciencias y las bellas artes, en un tiempo en que todas las imaginaciones colocadas bajo la influencia del vicio ó del terror, no podian engendrar si no mónstruos? Pero sobre todo, ¿á qué pensamientos grandes y generosos pudiera el hombre entregarse, cuando habia desaparecido toda idea de justicia y de humanidad, y el hábito de la esclavitud habia hecho perder hasta el sentimiento de la virtud y de la gloria, hasta el recuerdo de la antigua libertad? Digamos mas bien, que el espíritu humano degenerado, habia llegado al último período de su decadencia, y la mas horrible barbarie habia difundido sus tinieblas sobre el mundo entero.

En medio de este caos aparece el cristiano, débil al principio, circunscrito, perseguido, como si no osára aun mostrarse en campo abierto y á la luz del día. Encerrado en catacumbas y soledades, prosigue sus conquistas á despecho de mil obstáculos; poco á poco triunfa de la corrupcion de los hombres y la espada de los verdugos, dilátase por todo el ámbito del universo, siéntase en fin en el trono de los Césares, el mundo se somete abiertamente á su imperio, y entonces comienza una nueva civilizacion.

El catolicismo diseminado por todas partes, se mezcla á todos los afectos ó intereses. El alma, rejuvenecida en algun modo, y regenerada por el Cristo, despliega toda su energia en virtudes, que habia mucho tiempo apenas comprendia su flaqueza. La Religion modifica la política de los reyes y la legislacion de los

pueblos. Establece nuevas relaciones entre el poder y la sociedad. Dando al uno por origen esa soberanía; que cierto, bien puede mandar al hombre, puesto que manda al universo, arranca á la otra de ese aborrecido imperio de la fuerza, que no es si no el triunfo del crimen feliz sobre la justicia y la debilidad impotente.

Y en la familia señaladamente, es donde hace sentir su benéfico influjo. Que el padre no tiene ya derecho de vida y muerte sobre su hijo; y la muger, antes sierva del hombre, ha vuelto á ser su compañera. Hácese en fin una revolucion en las conciencias, en los deberes; y las costumbres antiguas son reemplazadas por nuevas costumbres. De ahí ese nuevo semblante impreso á la especie humana; de ahí esas fundaciones de beneficencia, de que la antigüedad no ofrece ejemplos, y que se encuentran las mismas en todos los pueblos cristianos; de ahí en fin esos hábitos contraidos, y perpetuados en donde quiera ha dejado sus creencias el catolicismo. ¿Quién habrá que al ver esta nueva fisonomía dada al mundo social, no reconozca la influencia de un culto, que no solo ha precedido á la civilizacion, si no que no ha cesado de entrañarse, como digamos, en cuanto se ha hecho desde su nacimiento?

¿Pero este influjo le ha sido favorable ó contrario? Esto nos lleva como por la mano á la segunda cuestion, á saber, *si es verdad que el catolicismo se haya opuesto á los progresos del espíritu humano.*

Y desde luego nos objetarán quizá en apoyo de esta asercion, que el catolicismo, ya que no destruyera la antigua civilizacion, apresuró á lo menos su caída.

Se nos decantará el siglo Augusto, los grandes gé-

nios que lo inmortalizaron, y los filósofos que le ilustraron: y cotejando en seguida la época en que este bello siglo se fenece y degenera, con el en que la Religion comienza á establecerse, se concluirá, que el catolicismo por las nuevas ideas que acreditaba, ahogó la antigua civilizacion. A esto responderemos, que pues es notorio que la antigua civilizacion se moria, debe suponerse una causa anterior, que preparase su ruina; ahora bien, este principio de muerte no pudo ser la Religion, que aun no existía; y en fin, que aun suponiendo que la Religion contribuyera poderosamente á tal caida, esto nada probaria en favor de nuestros adversarios. Porque si le es natural al catolicismo destruir la civilizacion, ¿por qué no ha destruido la nuestra? Y si al salir de su cuna, era bastante poderoso á dar al través con la que ya existia, ¿por qué mas adelante, cuando hubo multiplicado sus conquistas, y adquirido toda la plenitud de su poder no pudo ahogar la que estaba aun por nacer? Por lo demás, la civilizacion antigua era sin comparacion menos perfecta que la nuestra, como no podrán menos de confesar los mismos filósofos.

Pues si el catolicismo sustituyendo á las costumbres y supersticiones del gentilismo, creencias mas razonables, y virtudes mas puras, ha obrado una revolucion total en los espiritus, ¿no debemos naturalmente inferir de aqui, que no destruyó una civilizacion imperfecta, si no para preparar otra nueva á la posteridad, y que lejos de atajar en su marcha al espíritu humano, le allanó en realidad los caminos, despejando su paso de preocupaciones, en que por espacio de cuatro mil años hallábase como estacionario?

En efecto, ¿qué nos presenta el cuadro histórico

de la civilizacion desde su nacimiento hasta nuestros dias? Una progresion sensible y continua. Lejos de caer, sube y crece de siglo en siglo. Vémosla débil, y limitada al principio, fortificarse, estenderse, y abarcar todo el universo; y es digno de notarse, que á medida que se introduce en los pueblos salvajes, el catolicismo se le adelanta constantemente, ó la acompaña al menos. Sin duda ha experimentado algunas interrupciones, y la filosofía no dejará de atribuir las á la Religion; pero esta, constante en sus dogmas, en su culto y preceptos, no ha variado jamás. Siempre la misma por la unidad de su fé y de su doctrina, ha debido ejercer el mismo influjo en las cosas humanas. ¿Cómo pues habria trabado la civilizacion en un tiempo, y favorecidola en otro? Fuera comprensible tal capricho tratándose de hombres de suyo variables; pero de parte de una Religion divina, que no se sostiene sino por la uniformidad de sus creencias, es imposible semejante versatilidad. Inútil es detenernos mas tiempo en esta frívola objecion, pues es claro que los obstáculos en que la civilizacion ha tropezado, proceden esclusivamente de los hombres, y las principales épocas en que el espíritu humano parece como suspenso, son cabalmente aquellas en que la Religion misma se salva á duras penas del naufragio, es decir en aquellas súbitas invasiones que muchas veces amagaron trasportar al suelo europeo toda la barbarie de los Godos, Sarracenos y Vándalos.

Por lo demás, si ha habido circunstancias en que la Religion no haya impreso al movimiento de la civilizacion el mismo grado de viveza, es por haberle salido al paso las pasiones humanas, que era preciso domeñar, y las pasiones no se dejan vencer sin

Combate. En hecho de verdad, la Religion no es, si se sufre decirlo, sino una lucha continua contra los desarreglados movimientos del corazon humano. Y no se piense que para comenzar esta lucha haya ella aguardado á estar en toda su robustez; desde su cuna tiene trabada lid con la corrupcion y la licencia. Al saber un gobernador romano que un apóstol ha aparecido por allí, hácele venir y le dice: «¿qué Religion es esa que predicas á los pueblos?» Y despues de haberle escuchado atentamente esclama: «hombre, retiraré de aquí, tengo pasiones que satisfacer, te llamaré cuando habrán muerto.»— «Teme morir primero que ellas,» fué la única respuesta del apóstol. El paganismo está resumido en este hecho histórico, ó mas bien ese gobernador es el hombre, tal como le hizo en todos tiempos la flaqueza de su natural, tal como la Religion le encontró en todos tiempos y lugares; júzguese por aquí de los obstáculos que tuvo que vencer el cristianismo.

N. N.

(Se concluirá.)



POESIAS.

De un códice inédito, propio de D. Juan José Bueno, copiamos al
pié de la letra y con su misma ortografía la composición poética del
Ilustre Maestro Fr. Luis de Granada.

DEL NASEIMIENTO DE NTRQ. S. J.X^o

A la tierra hallegado
el fuerte armado capitan triunfante
del mundo deseado
yaunque es pequeño infante
denuedo traey passos degigante

Las manos delicadas
quesugetas al frio veeitemblando
estan aun que fajadas
almundo gobernando
yalos tornos del cielo vueltas dando

Teme el cruel tirano
quenace vncapitan masvaleroso
que desu injustamano,
vnbraçopoderoso

el mundo y sceptro quiere glorioso.

Seray alibertado
quien tantos años triste esclavo hasido
yaquel yugopassado
á quien se viorendido
desuceruiz cansada sacudido.

A quien tiranizado
endura servidumbre letenian
la leyes del peccado
y su cuello oprimian
las coyundas que el cullo le ceñian.

Los Reyes y pastores
vendran niño congoço antes tu sojos
como los vencedores
vengados sus enojos
sealegran repartiendo los despojos.

Y como se alegraron
los que viendo la espiga saçonada
del grano que entregaron
alatierra sulcada
segando mies en fruto mejorada.

Niño contu pobreza
el mundo cobrara nuevo thesoro
de celestial riqueza
el goço contu lloro
contigo boluerán los siglos de oro.

Al enemigo osado
tu venida del mundo le destierra
y deja el marte ayrado
las armas y la guerra
sin finsera tupaz sobre la tierra.

El campo pedregoso
las montañas del hierro no domadas

el yermo infructuoso
la tierra nolabrada
alarejadara facientrada

Vereis sin ser plantadas
alos valles deflores matigados
y demieses doradas
estaran ondeados
los llanos, montes, paramos, collados

Vereis frescos jardines
entieras antes secas y breñosas
olorosos jazmines
por çarzas espinosas
por asperas ortigas blandas rósas,

Vereis amenos huertos
donde nacieran asperas espinas
y desecos desiertos
alas tierras vecinas
verterse arroyos de aguas cristalinas

Anda mas cuydadosa
por los montes la aueja susurrando
del jaral y larosa
panales fabricando
devna flor en otra revolando

El Aue cantadora
consu harpada lengua más reclama
las otras busca y llama
con voz clara y sonora
saltando abuelo devna a otra rama

Aora lossoldados
viendotal paz, tal fruto, y tal bonanza
tomaran los arados
yen reja dela branca
conuertiran arneses, pãda, y lança

El labrador cantando
sinduda de ver fruto ciendoblado
la tierra irá sulcando
y el cuerpo reclinado
sobre la firme esteua desuarado

La mies en fértil tierra
con mano presurosa irasegando
el brazo que en la guerra
la lanza blandiendo
acayalla la espada y bajugando

Y desta paz cumplida
los mismos animales son testigos
pues hacen juntos vida

y con fieles amigos
los que eran capitales enemigos
Y al óseo y al becerro

la mansa oveja con el tigre fiero
y por un mismo cerro
saltando va el cordero
y con el juego el lobo carnicero

Y sin hacerse daño
iran, el lobo, el oso, el tigre osado
en un mismo rebaño
y tan fiero ganado
Hoy de sí do ay un niño en su

Y con júbilo intenso, al verte blanco,
junto al sol de tios en solía adora.

EN LA GLORIOSA ASUNCIÓN
DE LA
SANTÍSIMA VIRGEN.

SONETO.

De aqueste valle de zozobra y llanto
Al Empíreo elevándote, oh María,
Tierras y mares bañas de alegría,
Y al éter prestas inefable encanto.

Sírvete el sol de esplendoroso manto.
Órlante las estrellas á porfia,
La luna alfombra tu fragante vía
Entre nubes de nácar y amaranto.

Alzan los orbes cántico sonoro
A tu grandeza, augusta Soberana,
Hoy de Sión apetecida aurora!

Lo repite incesante el almo coro,
Y con júbilo intenso, al verte ufana,
Junto al solio de Dios tu solio adora.

FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA.

EL

ROSARIO DE MI MADRE.

LEYENDA RELIGIOSA.

(CONTINUACION).

IV.

«Hijo, voy á morir. Borre mis culpas
La Sangre del Cordero inmaculado,
Por la salud y redencion del hombre
Derramada en la cima del Calvario.
Proteja mi ya próxima agonía
Con su benigno y maternal amparo
La Virgen pura, que dejó en Augusta
Su efigie santa y su Pilar de mármol.
¡Hijo del corazon!... Ven, corre, vuela
Por la postrera vez á mi regazo,
Y tu madre feliz aun podrá darte
Su bendicion con temblorosa mano.
Plegue á Dios, hijo mio, que tú solo,
Cual Ministro piadoso del Santuario,
Cierres entre plegarias, con tu diestra
Mis ojos por la muerte ya eclipsados.
Por un prodigio del amor materno,
Al estrecharte en mis amantes brazos,

Recobrarán vigor mis flacas fuerzas,
Y alegría mi espíritu angustiado.
En las ligeras alas trascurrieron
Del tiempo rapidísimo tres años,
Tres años (que tres siglos me parecen)
Desde aquel día de noviembre aciago,
Que tan triste lució para nosotros,
Cual de lóbrega noche negro manto:
Funesto día de amargura y duelo,
Que te arrancó, hijo mio, de mi lado.
El deber te llamaba á las orillas
Del Manzanares apacible y manso,
Mientras tu anciana madre al pátrio Ebro
Las aguas acrecía con su llanto.
La Providencia empero, bondadosa,
Dulceificó el dolor al separarnos
Con el bálsamo dulce del consuelo,
Que á espíritus dispensa resignados.
El Señor disponía que ejercieras
Lejos de mí tu Ministerio santo,
¡Y osada resistencia á sus decretos
Opondrían los débiles humanos!
Desde entonces, ni un día, un solo día
Desplegó el sol sus refulgentes rayos,
Que de la Virgen santa no me hallára
Postrada ante el augusto simulacro,
Pidiendo con fervor te defendiera
De insidia tanta, de peligros tantos,
Con que Luzbel encadenar las almas
Sin cesar quiere en sus terribles lazos.
Ven, hijo mio, ven; y de consuno,
Mil y mil gracias con piadoso labio
A Dios daremos y á su digna Madre,

Porque mi ancianidad han prolongado:
¡Qué Padre es el Señor tan amoroso!
¡Cuántas á su clemencia dispensarnos!
Mercedes plugo! Menos flores brotamos
Por las praderas en abril y mayo...
Y las gracias, y aquellos beneficios
Tan visibles, Gaspar, y señalados
Que nuestra Madre del Pilar bendita
Se dignó pía o conceder á entrambos?
Mas fácil fuera enumerar del cielo
En clara noche los lucientes astros;
Las hojas de los árboles pomposos
Y las conchas que cubria el Oceano.
Todavía conservo en la memoria
(¿Cómo fuera posible el olvidarlo?)
El consuelo que quiso concederme
De mi existencia en el mayor quebranto.
Aunque mil veces te conté el suceso,
Quiero al morir de nuevo mencionarlo,
Y así en tu corazón, hijo querido,
Eternamente quedará grabado.
Así al Señor y á su amorosa Madre
Todos los días, por favor, tamaño
De amor y gratitud darás mil gracias,
Al ofrecer el Sacrificio santo.
Nunca olvides entonces, hijo mío,
Por mi dichoso y eternal descanso
Pedir humildemente, te lo ruego,
Lágrimas de esperanza derramando
Del imperio francés por vez primera
Al recorrer las águilas los campos
Que fecunda el risueño Guadalupe,
Y besa de Alcañiz los muros altos.

Tú, todavía candoroso niño,
En la cuna gemías, tan postrado
De dolencia mortal, que me temia
Ver cortados en flor tus verdes años.
Un dia, horrible dia, que mis ojos
Te contemplaban ya casi espirando,
De trompeta marcial llega á mi oido
El rumor de matanza y de rebato.
El ruido de las puertas bronco suena;
Retumban los cañones ya cercanos;
Se oyen gritos de saña, y de las madres
Los alaridos de dolor y espanto.
Los franceses, Dios mio, los franceses
En la ciudad abierta han penetrado,
Y do quier de su planta sanguinaria
Dejan de muerte y esterminio rastro.
Así el eco repite. Las mujeres
Se mesan los cabellos, y sus manos
Elevan hácia el éter, con plegarias
El auxilio divino demandando.
El furor se apodera de los hombres:
Todos corren intrépidos, bizarros,
A empuñar el fusil, morir queriendo
Por su Dios, por su Patria y por Fernando.
Tu buen padre, que herido en Zaragoza
Al rechazar valiente fiero asalto
De la hueste invasora, puede apenas
Andar con lento y vacilante paso,
Se arma tambien, y me abandona, y dice
Mientras besa tu frente con sus lábios:
Huye, querida esposa, corre y salva
Al niño enfermo en tus amantes brazos.
Yo en mi seno de madre te recibo,

Y casa y poblacion atrás dejando,
Sigo veredas ásperas y ocultas,
Sin saber ¡ó Dios miol á dónde marchó.
Vadeo el rio, huello matorrales,
Y ramblas, y colinas, y peñascos,
Y olivares, y huertas, y espesuras,
Con ansiedad y pies ensangrentados
Así llegué á Calanda, villa insigne
Por el piadoso antiguo Santuario,
Que de la Virgen del Pilar anuncia
Las mercedes y el ínclito *Milagro*.
Desfallecida, sin aliento casi,
Me postro y beso el pavimento sacro,
Donde á Dios y á su Madre cada dia
Se ofrecen oraciones y holocaustos.
A imitacion de la matrona santa
Que á Samuel ofreció con casta mano
Allá en Siló, tu frágil existencia
Al Señor y á María yo consagro.
Desde el momento aquel, feliz momento,
Tu salud quebrantada recobrando,
Pocos dias despues eras, cual antes,
De tus padres el júbilo y encanto.
¡O bondad inefable! ¡A quién, Dios mio,
En este pobre mundo será dado
Tributaros debidas alabanzas,
Celebrar tu clemencia y tus arcanos!
¡O Virgen del Pilar, ó Madre mia,
Yo te adoro humillada, yo te amo
Con alma y corazon!..... ¡Por qué no puedo
Tu nombre realzar con dignos cantos!
Espiritus angélicos, que el arpa
En loor del Altísimo pulsando,

A su Divina Madre, vuestra Reina,
Ofreceis de respeto el feudo santo;
De esta su indigna sierva y de su hijo
Cantad en nombre, con acento blando,
Himnos de gratitud que aplauda el cielo,
Y tierra y mar repitan en sus antros:
Pues de nuevo á vivir comenzó el niño,
A quien ya preparaba yo el sudario
Para cubrir su pálido cadáver,
Entre suspiros y amargura y llanto.
Por eso, Gaspar mio (no lo olvidés),
Acostumbré desde tus tiernos años,
De fé y de gratitud henchida el alma,
Denominarte *el hijo del milagro*.
Por eso desde entónces, cada dia
Suelo rezar tres veces el Rosario
Ante el Pilar augusto de la Virgen,
Que la vida á los dos se dignó darnos.
Por eso mi Rosario, que al presente
Con tierna devocion estoy besando,
Y en lágrimas de gozo humedeciendo
Mi postrimer suspiro al ver cereano,
En herencia te dejo. Hasta la muerte
Guardarás, hijo mio, ese legado,
Cual recuerdo de madre moribunda,
Cual recuerdo de amor sublime y santo.
¡Qué reliquia tan digna de respeto!
Niño, mancebo, sacerdote, anciano,
Tú de piedad los ósculos has visto
Que imprimió en ella mi ferviente lábio.
¡Prenda de mi cariño veneranda!
Signo de religion, símbolo sacro,
Que mi cristiana y virtuosa madre

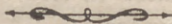
Al espirar depositó en mi mano.
¡Recuerdas tu puericia, Gaspar mio?
¡Recuerdas por ventura que, entretanto
Al amor de la lumbre yo cosía
En largas noches del invierno helado,
Tú la Vida leerme acostumbrabas
Del gran Padre Garcés, Dominicano,
Apóstol de Aragon, cuyas virtudes
A la Iglesia Católica asombraron?
¡Venerable varon! Al ver postrada
De las aras al pié con fervor tanto
A tu bondosa abuela con frecuencia,
Su fé acendrada y su piedad mostrando;
Despues de oir su confesion un dia,
Le dió con dulce y paternal agrado
Esta sagrada joya que tú heredas,
Con la que yo recé mas de ochenta años.
¡Joya del alma mia! compañera
Y consuelo en las cuitas y trabajos,
Con que á Dios plugo visitarme un tiempo
En este valle de afliccion y llanto.
¡Joya del alma mia! En la jornada,
En el penoso viaje acelerado
Que emprendí de Calanda hasta la villa,
Sin aliento llevándote en mis brazos;
Ella fué quien valor y fortaleza
Me dió por el camino solitario,
Por aquellos de horror bosques umbríos,
Solo por fieras y aves frecuentados.
¡Joya del alma mia! Cuando vino,
De mi existencia en el florido mayo,
A Zaragoza el Misionero humilde,
Gloria de Cádiz y del suelo hispano,

Todos, todos corrimos á sus plantas,
Doncellas y matronas, magistrados,
Sacerdotes, soldados, viejos, niños,
Todo el pueblo por fin zaragozano.
Despues de haber el Evangelio un dia
En la santa Basílica anunciado
Del Pilar con aquella voz sonora,
Aquella uncion y celo y entusiasmo,
Salió á la plaza, donde pude hablarle,
Y poner en su diestra mi Rosario:
Fray Diego, bendecidlo, bendecidlo....
De mi difunta Madre es un legado.
Así dije, y el santo capuchino,
A quien la augusta voz del Vaticano
Se dispone á elevar á los altares,
Su memoria y virtudes venerando,
Le echó su bendicion. *Guarda, hija mia,*
Esa prenda de fé, de amor cristiano,
Y pídele á la Virgen, nuestra Madre,
Ruegue por el perdon de mis pecados.
Al oir de su boca estas palabras,
Con emocion, con humildad su mano
Besé feliz, y me alejé gozosa,
De alegría dulcísima llorando.
Ven, hijo mio, ven; con la reliquia,
Que dos varones bendijeron santos,
Quiero ceñir tu cuello al estrecharte
Por la postrera vez en mi regazo.
Así dichosa, los divinos nombres
De Jesus y la Virgen invocando,
A mi vejez, dolencia y sufrimientos
La bondad del Señor dará descanso.

GASPAR BONO SERRANO.

(Se continuará.)

Á PIO IX.



ODA.

¿Quién mis sienes circunda
Con el mústio ciprés? ¿Quién en mi alma
Vierte acerbo pesar? Esos gemidos
Que escucho doloridos,
¿Quién los exhala al viento,
Con fúnebre plegaria confundidos?
¿Será tal vez que la maldad aleve
Pretenda delirante
Alzar en triunfo por el ancho mundo.
La maldecida enseña
Del odio vil y del rencor profundo?
¡Oh ignominia! ¡Oh baldón! Allá en la orilla
Del claro Tíber, *Venerable Anciano*
Sufre amargo dolor. Hijos rebeldes,
Ardiendo en fiera saña
Desconocieron la eternal grandeza
Del *Ungido de Dios*, y en frágil caña,
Trocar su *etro* audaces intentaron.

Brama la tempestad, el almo sólio
De *Pedro* vaciló, tiembla su imperio,
Y Roma vé la sombra de Tiberio
Cruzar ensangrentada el Capitolio.

¡Gemid mortales! El error artero,
Sediento de venganza,
Blande feroz el fulminante acero,
Y en alas del encono
Al *Vicario de Cristo* se abalanza,
Ansiando derribar su excelso trono.
¡Afan inútil! Que retumbe el rayo
En la feral pelea.....
Jamás el orbe mirará rendido
El invicto pendon, que al aire ondea.
Nunca tus sienes ornarás con lauros
Génio del mal. La intrepida *Barquilla*
Del sacro Pescador de Galilea
Surca veloz los procelosos mares
Con acerada quilla,
Burlando sirtes y esquivando escollos
Sin estrellarse en ignorada roca.
¿Y pretendes audaz, que en tus altares
Doblegue la rodilla
El Supremo Pastor? ¡Quimera local
Vano será tu esfuerzo temerario;
Que si triunfára la maldad impía,
Jesus á derrocarla volvería
En la gloriosa cumbre del Calvario.

Las torres gigantescas,
Que el peso de los siglos resistieron,
Se tornan en ruinas

Y nidos de voraces alimañas:
Los orgullosos Césares murieron
Al par que sus hazañas:
De sus ricos, espléndidos palacios,
Y termas opulentas,
Tan sólo restan áridos escombros,
Leves cenizas que disipa el viento.
Mas *Pedro* sobrevive á las tormentas,
Las edades sus timbres abrillantan,
Y siempre los humanos
Le verán con la púrpura en los hombros
Y las sagradas *llaves* en las manos.

Resuena gemebundo
En los espacios su amoroso acento,
Y de Sión los místicos Pastores
Ávidos corren á inspirarle aliento.
¿Mirais al peregrino,
Que allí á sus plantas de alborozo llora?
Es el apóstol santo,
Que á despecho de bárbaro verdugo
Voló de gente en gente,
Llevando la doctrina salvadora
Del evangelio al soñador Oriente.
Aquel que tembloroso
Del alto alcázar huella los umbrales,
Viene también de la apartada zona,
A través de montañas y arenales,
Y ante el *Padre Común* de los cristianos
Presenta los trofeos
Del Africa feroz, y la semilla
Que la verdad produce
Del Senegal en la remota orilla.

Este que baja de velera nave,
Henchido de esperanza,
Dejando atrás el férvido Océano,
Es el Pastor que la conciencia rige
Del culto Americano,
Y á la justicia y la virtud se inmola,
En las comarcas bellas,
De la nacion, que impávida tremola
El pabellon azul de las estrellas.

¡Héroes, salud! Vuestra piedad bendice
Con vívido entusiasmo el lábio mio....
¡Oh! Preparad magníficas coronas
Para rendirlas al augusto *Pio*,
Alzad la voz, y suba al firmamento
Unísona plegaria,
Ahuyentando en los negros horizontes
La que os asusta, sombra aterradora.
Alzad la voz; vuestros sonoros ecos
Traspasen las llanuras y los montes:
En los ocultos huecos
De las cavernas, donde el crimen mora
Penetren pavorosos,
Cual nuncios de sentencia vengadora;
Y resonando en la region vacía,
Llegue el rumor hasta el festin inquieto,
Como llegó fatídico decreto
De Baltasar á la revuelta orgía.
Desde la fértil márgen,
Que el manso Bétis con sus ondas baña,
Pontífice inmortal, yo te saludo,
Y de la ilustre España

Llevo á tus piés el noble sentimiento:
Ella deplora tus amargas penas,
Escucha tu lamento,
Y al contemplar las pérfidas cadenas,
Con que Luzbel tus fueros amenaza,
Exhala hondo gemido,
Busca furiosa la guerrera maza,
Que humilló la cerviz del sarraceno,
Y muestra á sus legiones
Sangre que brota de su herido seno.
Mas ¡Ay! responde un grito funerario:
«Ya no respeta el mundo tus blasones,
«Y ese manto imperial hecho girones,
«Ofrece á tu esplendor digno sudario.»

Pontífice inmortal, calma tu duelo,
Y oye los votos de la patria mia,
Votos sublimes que dirige al cielo.
No rodará tu *Cetro* soberano,
Como soñára un día,
Para mengua sin fin triste monarca,
Que deponiendo la arrogancia fiera,
Vendió su egregia cuna,
Y arrastró por el lodo su bandera,
A los piés de la audacia y la fortuna.
No. ¡Tú no morirás! Será tu escúdo
La Cándida Doncella,
Que te defiende en el combate rudo
Y enardece tu fé.... ¡Padre amoroso!
Tú prometiste combatir por *Ella*....
Ella por *Ti* derribará al coloso.

S. DE TERAN PUYOL.

SECCION OFICIAL.

REGLAMENTO DE SEGUNDA ENSEÑANZA.

(CONTINUACION.)

Art. 16. En el segundo curso, los ejercicios de traducción deben constituir la mayor parte del trabajo académico. El profesor seguirá la explicación de la sintaxis, dándole la conveniente extensión, sin recargar á los discípulos con reglas prolijas en prosa ó en verso, y sin fatigar su memoria con listas de significados. El análisis de las palabras y el conocimiento de los giros gramaticales y de las leyes de la sintaxis, son puntos de más importancia que la copia de frases ó la repetición de adagios y proverbios. La prosodia, la ortografía y una ligera noticia del arte métrica deben ser la materia de los dos últimos meses del segundo curso.

Art. 17. En el tercer curso deben repasarse las materias de los dos años anteriores, y proseguirse los ejercicios de traducción y análisis, y hacer los de composición. La dis-

Explicacion del tiempo en este tercer curso, será la siguiente:

Por la mañana, una hora de traduccion en clásicos latinos, que podrán ser: *Los Comentarios* de César, *Las Décadas* de Tito Livio, *La Guerra Catilinaría* de Salustio, *Los Anales* de Tácito, *Las Oraciones* de Ciceron, *Los Libros de las Tristes* y del *Ponto* de Ovidio, *Las Elegías* de Tibulo, *La Epístola de Horacio á los Pisones*, que los alumnos deberán aprender de memoria, y trozos de las obras de San Ambrosio y San Agustin.

Otra hora se empleará en corregir la version hispano-latina, que los alumnos llevarán hecha, para lo cual cada uno dará el profesor los temas para el siguiente.

Por la tarde habrá explicacion de retórica y poética, en la cual el profesor se limitará á las reglas más claras y precisas, presentando á los alumnos modelos latinos y castellanos de todos géneros en prosa y verso. Se cuidará mucho no obligar á los niños á ejercitarse en composiciones poéticas. Si los de más aventajado ingenio presentasen al maestro algun ligero ensayo, aquel hará á sus autores las observaciones que el escrito le sugiera, y les señalará los defectos que advirtiere.

En el tercer curso destinará el profesor una parte de la explicacion de la mañana ó de la tarde para dar á sus discípulos una ligera idea de la Mitología y ritos romanos, sin perjuicio de explicarles en los diarios ejercicios de traduccion de los autores latinos, aquellos pasajes para cuya inteligencia son indispensables dichos conocimientos.

Art. 18. Durante los tres cursos del primer período, las explicaciones del jueves y el sábado por la tarde se destinarán á la explicacion del Catecismo, que los alumnos repetirán de memoria y á las nociones de historia sagrada. Estas explicaciones, á las cuales asistirán juntos los alumnos del primer

período, estarán á cargo en los Institutos del profesor de Religión de la Escuela Normal, mediante la gratificación que en la actualidad goza por la enseñanza de doctrina cristiana, á tenor de lo dispuesto en el art. 6.º de la Real orden de 30 de Agosto de 1858.

Quando el número de alumnos lo exigiere, el director del Instituto, de acuerdo con el rector de la Universidad, dividirá la clase en dos ó tres secciones.

En las casas de enseñanza privada de latinidad y humanidades, el preceptor ó preceptores procurarán que las explicaciones de doctrina cristiana é historia del Antigo y Nuevo Testamento estén á cargo del Párroco ó de otro Sacerdote; y si no pudiese ser, cada preceptor cuidará bajo su más estrecha responsabilidad de dar aquellas enseñanzas con estricta sujecion á lo dispuesto.

CAPITULO III.

Del segundo período de la segunda enseñanza.

Art. 19. Los estudios del segundo período se harán en los Institutos y establecimientos habilitados en la forma siguiente:

PRIMER AÑO.

Por la mañana:

Lección de psicología; días alternados: duración hora y media. El profesor de esta asignatura cuidará de dar pre-

riamente á las nociones de psicología una rápida explicacion por espacio de 15 ó 20 lecciones de lógica elemental, ó sea de los principios fundamentales del arte de discurrir, indicaciones indispensables para la marcha ordenada de la mente en la investigacion de la verdad. En las explicaciones de psicología el profesor procurará ante todo la sencillez y claridad en las ideas, sin elevarse á consideraciones científicas superiores á la comprension de los alumnos de 13 á 14 años.

Geografía é historia, dias alternos: duracion dos horas. Los primeros dos meses del curso se invertirán por el profesor en las nociones de geografía física, ejercitando á los alumnos en el conocimiento y manejo de las esferas, de los globos, y sobre todo de los mapas. En el resto del curso el profesor destinará una hora á explicacion de historia universal, procurando distribuir las lecciones en término de que á fin del curso hayan podido los alumnos adquirir noticia general y exacta de las épocas, de los pueblos y de los hechos culminantes que comprende el estudio de la historia universal. La hora restante de leccion se empleará en repesos y ejercicios de geografía y en las lecciones y repesos de historia.

Por la tarde:

Leccion diaria, de hora y media, de aritmética, álgebra hasta las ecuaciones de segundo grado, y principios de geometría.

SEGUNDO AÑO.

Por la mañana:

Lógica, leccion alterna: duracion hora y media. El profesor de esta asignatura, que será el mismo de psicología, pro-

curará dar el conveniente enlace á las explicaciones del curso presente con las del anterior, esmerándose en la claridad y firmeza de las doctrinas.

Historia de España, leccion alterna: duracion dos horas. El profesor hará la conveniente distribucion de lecciones en término de que los alumnos adquieran el necesario conocimiento de todas las épocas y sucesos notables de nuestra historia nacional desde los tiempos históricos más remotos hasta el presente siglo.

Por la tarde:
Física y nociones de química, leccion diaria: duracion hora y media.

TERCER AÑO.

Por la mañana:

Perfeccion de latin y principios generales de literatura. leccion diaria de hora y media. En este curso el profesor dará noticias de los clásicos latinos y castellanos, ejercitando á los alumnos en la repeticion del arte poético de Horacio; traduccion de sus odas y de trozos de la Eneida. En las explicaciones de principios generales de literatura procurará dividir convenientemente el tiempo y las materias, en término de dar unas claras y sucintas lecciones de Estética, antes de entrar en la parte preceptiva é histórica. Tendrá especial cuidado en hacer las aplicaciones de la doctrina á escritores de nuestra patria, dando á los discípulos una noticia histórica del ingenio español desde la formacion del romance hasta la época actual.

Nociones de historia, natural, leccion diaria: duracion hora y media. El profesor dividirá las lecciones y distribuirá el

tiempo en términos de que durante el curso puedan adquirir noticias los alumnos de los caracteres y clasificaciones generales de los tres reinos de la naturaleza, y alguna idea de los principios mas importantes de la geología. Cada profesor se detendrá con especial esmero en la parte que se refiere á las producciones que mas abundan en la provincia respectiva.

Por la tarde:

Ética y fundamentos de Religion, leccion alternada: duracion, hora y media. El profesor encargado de esta asignatura proseguirá la hilacion de la doctrina en todo lo posible con las materias de lógica y psicología, si tambien están á su cargo.

Los alumnos de los tres años del segundo periodo de la segunda enseñanza asistirán los lunes y los viérnes á la hora que el director señale á una conferencia ó explicacion de historia sagrada y exposicion de la doctrina cristiana, en lo cual se invertirá una hora.

Cinco faltas voluntarias de asistencia á este acto académico serán motivo para que el alumno sea borrado de la lista y pierda curso. La explicacion ó conferencia de que se trata estará á cargo del profesor de ética y fundamentos de Religion si fuere Sacerdote; si además desempeñare las asignaturas de psicología y lógica, percibirá por el servicio extraordinario de dichas conferencias sobre el mayor trabajo de las tres asignaturas una gratificacion que no baje de 200 escudos. Donde hubiere colegios de internos será obligacion del Capellan dirigir las expresadas conferencias sin mas remuneracion que la que disfruta por aquel cargo. Dende no haya colegio de internos, ni fuere Sacerdote el profesor de ética y fundamentos de Religion, se encargará aquel servicio al profesor de doctrina cristiana del primer periodo, ó á otro eclesiástico del establecimiento, mediante gratificacion en los términos indicados.

(Se continuará.)

ROMA.

Del «Euscalduna,» ilustrado periódico de Bilbao, tomamos la siguiente carta, que revela todo el celo y caridad que la Iglesia despliega en favor de la humanidad aflijida.

Roma 14 de agosto.

Voy á reseñarle á V. brevemente lo ocurrido en Albano, y verá V. cómo los zuavos pontificios han dejado bien puesto su nombre.

El cólera acostumbraba á respetar á Albano; así es que muchos habitantes de Roma se habían refugiado en dicha ciudad y permanecían allí sin cuidado alguno. El domingo por la tarde estaba muy concurrido el paseo en donde había diversiones públicas. Por la noche se levantó un viento recio, y el lunes por la mañana la desolacion había reemplazado á la alegría anterior. Una especie de peste horrible é imprevista había causado y estaba causando grandes estragos; por la tarde se contaban ya mas de cien muertos.

Un pánico general se había apoderado de la multitud. La gente empezó á huir; el hijo abandonaba al padre; el padre se cuidaba poco del hijo, y todos los que tienen algo que gastar se marchaban á otro país.

No había bastantes carruajes para tanta gente; las mujeres iban á la ventura y á medio vestir, y los habitantes de las poblaciones inmediatas, donde el cólera no había penetrado, las perseguían brutalmente á pedradas y aun á tiros.

La mortalidad siguió aumentando el miércoles; el director del Hospital huyó cobardemente; uno de los médicos abandonó su destino; el otro no puede atender todas las necesidades; el desconcierto había llegado á su colmo cuando llegó de Roma el cardenal Altieri, obispo de Albano, con dos prelados del servicio de S. S. Ellos administran por sí propios los Sacramentos, pero no hay quien quiera enterrar los muertos, y los miasmas que exhalan agravan la epidemia.

Por una casualidad, cincuenta zuavos al mando de un teniente estaban destacados allí desde dos días. Al ver ellos que en las casas de Albano los cadáveres yacían insepultos, se han ocupado en enterrarlos siendo el teniente el primero en dar el ejemplo tomando un cadáver y llevándolo al coche mortuario. Dos zuavos han sido víctimas de la enfermedad.

Se han enviado cuatro hermanas de la Caridad á cuidar de los enfermos que hay en el Hospital. Al batallón de zuavos se le envían hoy cincuenta hombres de refuerzo, pues los primeros están estenuados no solo por el trabajo de enterrar los muertos, sino también porque se ocupan en cuidar de los enfermos mientras esperan que Garibaldi les de ocasión de ocuparse como soldados.

El cardenal Altieri, que ha acudido á la primera noticia del cólera, ha organizado hospitales provisionales y asistencia

á los mismos, llamando de Roma médicos, religiosos y religiosas. No contento con velar por la exactitud del servicio, visita á los enfermos ricos ó pobres, y les da personalmente los últimos consuelos de la religion. Ha dicho que su primer deber es ayudar á sus hijos á morir como cristianos. En medio de estas fatigas de dia y de noche le ha atacado en la noche del sábado la epidemia de un modo tan fulminante que en breve le ha dejado sin esperanzas de vida. A las tres de la madrugada el cardenal ha muerto con pleno conocimiento ofreciendo á Dios la vida por su grey.

El Papa, que acababa de enviarle de sus fondos particulares 3,000 francos para auxiliar á los pobres coléricos, ha quedado muy afectado al recibir esta inesperada noticia. Pierde en él á un amigo adicto, á un consejero prudente é ilustrado. Ex-nuncio en Austria, el cardenal Altieri era ahora presidente de la consulta de hacienda, director de estudios, archicanciller de la universidad de Roma y camarlengo de la Iglesia, que es la primera dignidad civil despues del secretario de Estado. Pertenezia á una familia de príncipes, era hijo de una princesa de Sajonia y por ella estaba emparentado con los Borbones; poseia una gran fortuna, ocupaba uno de los mejores palacios de Roma, pero tenia un corazon generoso y acababa de demostrarlo noblemente.

Francisco II de Nápoles sigue animoso en Albano, pero muy afligido por la muerte de su madre y de su hermana; á pesar de eso cuida personalmente á los individuos de su familia y á sus servidores que han caido enfermos. Cuéntanse diez coléricos en la quinta que ocupa.—S.

Ya saben nuestros lectores que muchos escritores cató-

licos de diversas naciones se concertaron para obsequiar á Su Santidad con un libro, escrito en las principales lenguas que se hablan en el mundo. Se llevó á cabo esta gloriosa empresa, y durante las fiestas del centenar, hemos tenido la satisfaccion de contemplar esta obra, este maravilloso monumento de la fé de nuestro siglo en todas las librerías de la Ciudad eterna,

Hé aquí ahora en qué términos dan cuenta los periódicos de la importante obra á la cual nos referimos:

«Entre las obras que se han publicado en Roma con motivo del Centenario de San Pedro se encuentra el *Homenaje católico en varias lenguas á los principes de los Apóstoles*. S. Pedro y S. Pablo. Esta publicacion forma un tomo de 570. páginas, contiene cien composiciones, figurando en ella los distinguidos nombres de Cantú, Audissio, Perrone y Vercellone, sabios italianos; de monseñor Manning, Arzobispo de Westminster; Mons. Dupanloup, Obispo de Orleans, y el padre Newman, superior de los presbíteros del oratorio de Birmingham.

Tambien los escritores españoles han contribuido al esplendor de este *Homenaje católico*, y figuran entre ellos D. Pedro Alvarez, rector de las Escuelas Pias de Alcalá de Henares; D. Antonio Aparisi y Guijarro, ex-diputado á Córtes; D. Ramon de Campoamor; el marqués de Casajara; D. José María Cláros, diputado; D. José Coll y Vehi; D. Manuel Bertran de Lis; el general Pezuela, conde de Cheste; D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe; D. Leon Gaiando y de Vera; doña Francisca Carlota del Riego Pica; D. Antonio García Vazquez Queipo; D. José García, el marqués de Heredia; D. Cándido Nocedal, diputado á Córtes; el conde de San Juan; D. Gabino Tejada y D. Ramon Torres Muñoz de Luna. Estas composiciones de los españoles están escritas en verso y en prosa.»

La *Revista Católica* de Barcelona, ha traducido y publicado el opúsculo de monseñor Dupanloup sobre el anunciado Concilio. A continuacion trascribimos algunos párrafos de tan importante documento:

El Padre Santo ha anunciado un concilio ecuménico, y ved, queridos hermanos, con cuán reposado y grandioso lenguaje acaba de expresarse.

«Mucho tiempo hace, ha dicho, que según hemos manifestado á varios de nuestros venerables hermanos, hemos tenido el pensamiento y hoy abrigamos la confianza de poder un dia y tan luego como se presente el oportuno y deseado momento, de tener un Concilio general y ecuménico de todos los obispos del mundo católico, á fin de que, aconsejándonos mutuamente y aunando nuestros esfuerzos, apliquemos los útiles y necesarios remedios á tantos males como afligen á la Iglesia.

En un concilio fundamos especialmente nuestras mayores esperanzas de ver un dia á la luz de la verdad católica disipar las tinieblas de los errores que oscurecen las inteligencias, y derramar su suave fulgor para que todos los hombres conozcan con el auxilio de la gracia divina la verdadera senda de la salvacion y de la justicia, y se encaminen por ella.

Un Concilio será tambien el medio de que la Iglesia, como ejército invencible colocado en órden de batalla, destruya los esfuerzos del error y del mal, y de que, victoriosa, propague y extienda hasta los confines del mundo el reinado de Jesucristo.»

En un Concilio ecuménico, queridos hermanos, es donde en efecto aparecen en su mayor esplendor la fuerza y la majestad de la Iglesia, la cual verdaderamente se muestra en él, como acabais de oirlo de los lábios del Santo Padre, como un ejército en orden de batalla, cuando poniéndose á su frente Pedro, agrupándose sus Obispos en torno de la cátedra de la unidad, colocándose en medio de ella Jesucristo, su jefe invisible, y cerniéndose sobre la asamblea el espíritu que ilumina y santifica, proclama la verdad, confunde el error, disipa las falaces ciencias que se levantan contra la ciencia de Dios, y despues de iluminar los entendimientos, emplea los mayores esfuerzos para inspirar la caridad á los corazones y preparar grandes pacificaciones, grandes reconciliaciones y grandes arrepentimientos. Tal es el magnífico y noble designio del Padre Santo.

Lo que mas grandiosa hace esta empresa es el valor y la fé del Pontífice y su magnánima esperanza. No hay tarea, por penosa que sea, que le espante: tan fuerte es su alma. Y ¿qué importan los años á quien tiene seguro el porvenir?

El Papa no muere jamás. ¿Qué importan tambien las amenazas de la revolucion frenética? Ahora, como siempre, todas se estrellarán contra esa piedra, contra esa roca.

Solo hay una cosa en la tierra que no cambia ni cae, porque no pasará jamás, y es la mas débil, la mas inerme, la mas frágil en la apariencia: es un anciano que puede morir mañana, que puede arrojar la fuerza, que puede romperse la cólera impia de un potentado y de quien pueden burlarse príncipes y pueblos, pero que ni príncipes, pueblos, cólera ni fuerza harán desaparecer, y que orará sobre el sepulcro de todos los que canten su muerte, porque un dia, hace mil ochocientos años, cuando no era mas que un pobre pescador del lago de Genesaret, se le dijeron estas pa-

labras: «Eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.

Averiguad, queridos hermanos, qué ha sido de las naciones que cubrían la tierra y las dinastías que reinaban sobre los pueblos cuando Neron mataba á Pedro y á Pablo allí mismo donde se alza en el dia el Vaticano. ¿En donde están los Césares de Oriente y Occidente? ¿En dónde los romanos y los bárbaros? ¿En dónde las soberanías de la edad media que aun no existian entonces? Pedro y Pablo viven y reinan aun en medio del mundo renovado. Consagraron á Carlomagno, retaron á Enrique VIII, hicieron un Concordato con Napoleon, fundaron florecientes iglesias en el pais de Washington, y en vez de doce Apóstoles somos mil Obispos en torno del sucesor de Pedro, pastores de doscientos millones de hombres, y Jesucristo es el Dios de doscientos millones de hermanos, separados por los espacios, pero unidos en su fé y amor.

Yo he visto á los Obispos de las varias comarcas de Europa solicitarse mutuamente y considerar el futuro Concilio como el mayor y mas provechoso esfuerzo que la Iglesia puede hacer para iluminar los entendimientos y calmar los ánimos, para la conversion de los hombres sinceros extraviados por el error ó por efecto de la mala inteligencia, para el bien, en fin, de la sociedad y de la Iglesia. Yo he visto á los Obispos de ambas Américas saludar gozosos la gran corriente de la vida católica que la comunicacion directa y prolongada con la Santa Sede y con los Obispos de los antiguos continentes no puede menos de aumentar así tocante á las recientes como á las antiguas iglesias del Nuevo Mundo. Yo he visto en especial poseidos de una santa esperanza á los Obispos orientales, en quienes parece ya que los antiguos cristianos de Oriente se reaniman al soplo que difundirá el Concilio. Y no es esta su única esperanza.»

Dice un periódico:

«El sabio eclesiástico Passaglia, ex-jesuita, despues de haber escandalizado al mundo católico con su conducta politica y religiosa durante seis años; se ha retractado. En su humillacion, el sabio eclesiástico ha conocido sus desvelos; y por consiguiente, ha enviado al Papa su retractacion, declarando que, como hijo de la Iglesia, se adhiere por completo á la exposicion de los Obispos sobre el poder temporal de los Papas; y que somete todos sus escritos al juicio de la Santa Sede.

Este documento del Padre Passaglia ha sido presentado al Papa por el Ilmo. Sr. Clifford, obispo de Clifton en Inglaterra, y me han asegurado que se publicará, á fin de que todo el mundo católico pueda saber que ese sabio eclesiástico se ha reconciliado con la Santa Sede.»

Mucho nos alegrariamos de que así fuese; pero es extraño el que todavía guardasen silencio los periódicos católicos de Roma y aun de toda Italia. Un hecho de esta índole debia tener mas publicidad y realizarse, por decirlo así, con mas brios. Sin embargo, no negamos ni afirmamos. Nos limitaremos á decir que se necesita precaucion para leer ciertas cosas.

El Papa ha mandado que se distribuyan diez mil fran-

cos entre los judíos, cuyas familias hayan sido heridas por el cólera.

Al mismo tiempo ha dispuesto el Papa que los garibaldinos atacados por el cólera sean asistidos y tratados con particular esmero. ¡Volver bien por mal! ¡Hacer bien á los que persiguen y calumnian!

Vuelve gracias por agravios,
que así se vengan los sabios.



VARIEDADES.

Por haber llegado este precioso artículo á última hora, nos hemos visto en la necesidad de colocarlo en esta sección.

EL NACIMIENTO DE MARIA.

Hizonos el cielo en este día un magnífico presente, un presente de inestimable valor.

(San Bernardo.)

I.

¿Qué sucede?...¿Qué pasa en la region del dolor?...

La aurora, engalanada con deslumbradores atavíos, asoma por los montes y sonrie dulcemente, vertiendo infinitos rubíes desde su carroza de nácar.

El cielo se envuelve en finísimo encage.

El sol estiende placentero sus hebras de oro, circundado de albos y ricos tules.

Las aves hienden alegres los aires y entonan melodiosos himnos.

El mar se mueve de un modo apacible, salpicando la superficie con la nacarada espuma que sus olas producen.

El céfiro besa con ternura las gallardas plantas, y recoge en sus alas de gasa el aroma de los vegetales.

Las flores ostentan sus bellos matices y embalsaman el ambiente de esquisito perfume.

Las adelfas y las dalias juguetean amorosas en su trono de esmeraldas.

El arroyuelo susurra de júbilo, esmaltando su clara senda de arenas de plata, de precioso musgo y de las verdes hojas que sobre él derraman las vistosas lanas y los pintorescos sauces.

Colores mil adornan las amenas praderas.

Todo palpita, todo se estremece de indecible entusiasmo.

Murmuran de gozo las fuentes, las cascadas, las plantas, los insectos, los animales, la benigna brisa.

Una voz misteriosa resuena en el inmenso ámbito del universo.

El panorama de la creación deleita con nuevos encantos.

No hay nada que no sorprenda en tan solemnes momentos.

Cada átomo, cada hoja que el aura arranca de los árboles, despierta emociones suaves.

La naturaleza entera parece que se transforma, que multiplica las maravillas que la engrandecen.

Y el orbe, alcázar fabricado por el Supremo Artista, conmueve sus ejes de zafir.

El suceso mas fausto acaba de realizarse en el mundo.

El Sábio, el Justo, ha dado cumplimiento á una gran promesa.

La humanidad puede estar satisfecha.

La caída del primer culpable, del príncipe del paraíso, va á dar lugar á cosas estupendas.

Ha nacido ya la criatura privilegiada, santa, escogida.

Ha visto la luz del dia la deseada de las naciones, la reparadora augusta, la consoladora de los hombres, la mensajera del bien.

Se halla entre los hijos del crimen la que ha brotado, como la azucena, del tronco bendecido por el Ser Eterno.

Y viene para curar las llagas de la humanidad, para enseñarle el camino de la virtud, para romper los grillos que envilecen su dignidad ultrajada.

¡¡Qué hermosa es!!...

Sus ojos, lindos y espresivos, irradian fulgores que fascinan el entendimiento.

Su frente es diáfana, su boca preciosa, su tez suavísima, sus cabellos de oro.

De su cuerpo, esbelto, gracioso, de correctas formas, se eleva majestuosa su perfecta cabeza.

Y su aliento es mas puro que los suspiros de los querubes, que la esencia del jazmin.

Y su voz es mas dulce que la lira de los serafines.

fines, y mas delicada que el canto de los ruisenores,
y mas cadenciosa que las armonías de la tierra, y mas
grata que el blando murmullo de los torrentes.

Sembrada de rosas está su cuna.

¿Qué comparacion tiene la fragancia de los tulipanes con la que despide esta escelsa niña?...

Ella se mece á impulsos de las auras divinas, del soplo que vivifica las almas castas.

Y su lozanía es mayor que la de las bonitas violetas, los airosos claveles, los elegantes lirios.

Y es un admirable conjunto de perfecciones, una obra acabada, una joya de infinito precio.

Contemplan gozosos á la tierna Infanta los ilustres consortes que la engendraron.

Y Dios la mira risueño desde su solio de perlas.

Y los emisarios celestes hacen resonar en honor suyo sus arpas de marfil.

Y las inmensas legiones de inmortales espíritus saludan desde lo alto á la que ha de mandar como Soberana.

III.

Motivos tienes, pueblo bendito, Nazareth, para estar orgulloso.

Regocíjate, pues, entre tus mirtos, tus palmeras y tus plátanos, entre tus canoras avecillas y tus plácidos campos, entre tus aguas purísimas y cristalinas, en medio de tus frescos ambientes y deliciosos perfumes.

En tu seno guardas á la egregia Salvadora del linaje humano.

Si;... tú acaricias y veneras á la que ha de ser la augusta Capitana de las huestes católicas, á la que ha de rasgar una por una las páginas funestas del código que el error ha hecho.

Nada mas justo que reverenciar la virtud;... nada mas natural que seguir aspiraciones sublimes.

¡Envanécete!...
¡Delítate, ciudad venturosa, con el magnífico presente que tanto te honra!

Es una lumbrera que te ilumina, un faro que te muestra las sendas de la justicia.

Es un portento que te enriquece, un tesoro que te hace grande, un ser que te hiera con la viva claridad de sus fulgentes destellos.

¿Qué mas puedes desear que tener dentro de tus muros á la que ha de convertirse en morada de Jehová?...
Y los muros se hundirán en el polvo.

¿Qué otra cosa apetecer que hospedar á la que un día llevará el título de Emperatriz de los mundos?....
Y el pedestal, mástil con divisa, columna de los siglos, colaba en la base con los nombres de sus enemigos.

IV.

Esa niña, que ahora se agita blandamente cual tierno capullo acariciado por la brisa, derribará los idolos de la impiedad, y los baluartes del error, y los imperios levantados por el humano orgullo.

Si;... porque va á ser muy pronto elevada á la mas alta esfera; porque va á concebir y ser madre del que ha formado el universo, y dado belleza á las

flóres, y armonía á las aves, y grandezas á la creación, y esmaltado de soles el mirífico pabellon que nos cubre.

Y será enriquecida con todas las gracias, con todos los dones, con todas las magnificencias.

Y recibirá del Hacedor invisible diadema de rubies, y un cetro robusto, y una soberanía superior á las que en el mundo existen.

Y mandará como reyna, como señora de gran poder.

Y obedecerán sus decretos los espíritus angélicos, todas las milicias de la eterna Sion; y los corazones creyentes se agruparán bajo sus inmaculadas banderas.

Y á la influencia de su poderío caerán por tierra los gigantescos edificios que la maldad erija.

Y la mentira será vencida por la verdad.

Y la enseña de la redencion ondeará en todas partes.

Y las heregías sufrirán ignominiosas derrotas.

Y los tiranos se hundirán en el polvo.

Y la civilizacion de la cruz alumbrará al mundo con sus brillantes resplandores.

Y el pontificado, institucion divina, atravesará la corriente de los siglos, orlada su frente con los trofeos de sus enemigos.

No habrá nada que pueda resistir al poderoso empuje de María, de la egregia Virgen de Bethlen.

Porque su fuerza será inquebrantable; porque su autoridad será inmensa; porque su grandeza confundirá á cuantos intenten empañar su inmortal corona.

¿Quién será capaz de luchar con María, con la princesa del orbe?

¿Quién se atreverá á combatir sus prerrogativas, á negar sus glorias, á ofender sus timbres?

¿Quién formará contra ella ejércitos, y la hará una implacable guerra, y profanará el nombre augusto de la protegida del Altísimo?...

Ah!... ¡Desgraciados los que escarnezcan á la Virgen sin mancilla!...

Infinitos templos se dedicarán á María.

Monarcas y pueblos se postrarán ante sus altares.

Y los humildes reconocerán su clemencia, y los sabios su majestad, y los potentados sus inefables atributos.

Y los talentos encomiarán sus virtudes, sus excelencias, su poderío, su incomparable hermosura.

Y los vates cantarán sus grandezas, sus acciones, sus hechos, sus señalados triunfos.

Y las doncellas adornarán sus efijies con suntuosas ofrendas, con ramos de alhelies, con guirnáldas de jacintos, con odoríferas yerbas.

Los guerreros invocarán á la Virgen en los campos de batalla.

Y en su pecho llevarán su sagrada imágen; y las victorias mas insignes alcanzarán por la mediacion de María.

¿Preséntase algun problema que pueda hacer temblar á la humanidad?... ¿su solucion, su desenlace.

No hay que fracasar los planes de los adversarios de su Hijo.

Con valor detendrá los golpes de la hipocresía; con

firmeza destruirá los instrumentos del mal; con arrojo hará pedazos las infernales concepciones del presuntuoso.

Los amantes de Jesus acudirán siempre á la abogada de los que gimen.

Implorará su patrocinio el náufrago en medio del irritable Occéano; el rey en sus mayores conflictos; el mendigo, aflijido por el hambre; la jóven, combatida por una pasión violenta; el enfermo, aquejado por sus dolencias; el católico en todos los momentos de la vida.

Y María oirá las plegarias de los que á ella recurrán, de los que á su sólio se acerquen.

Y enjugará las lágrimas del desvalido, y consolará al infortunado, y derramará el rocío de sus fincas, y disipará con cariño las borrascas del alma.

Porque su caridad será inmensa. Es hija predilecta de Jehová, y asombrará el orbe por sus extraordinarios merecimientos.

Ninguno que con fé la invoque dejará de ser socorrido;... ninguno que la ame se cansará de tributarla los homenajes debidos.

VI.

¡Salve, niña augusta, salvel

¡A tí alabanzas, á tí coronas, á tí bendiciones!

¡A tí las ofrendas del corazón, á tí los sacrificios del alma fiel, á tí los nobles impulsos de la humanidad!...

¡Crece, Niña divina, en medio de las flores que rodean tu poética estancia, de los manantiales que te

ensalzan, de las auras que acarician tu hechicero rostro, de los tapices de oro que te ofrecen los lujosos valles!....

¡Sonriete, riquísimo vástago!...

¡Duerme apacible sueño al seductor arrullo de amorosos acentos, y de los cánticos de los ángeles, y de los festivos pajarillos que gorjean en torno de tu pobre albergue!...

¡Bella y grande eres, criatura santa, embeleso del cielo, pasmo de los justos y admiración del mundo!

¡El Señor te magnifica, el universo te adora!

No temas ¡oh egregia Infanta! á los vendabales del mal, que los ministros del Dios Fuerte, cobijándote bajo sus alas de púrpura, custodian respetuosos á la elegida para altos destinos.

ROMAN DOLDAN Y FERNANDEZ.

LOS CONVENTOS EN 1834.

Reseña del número y clase de los conventos que existían al estinguirse las comunidades religiosas.

En dicha época, en que ya se habían disminuido mucho en número las personas dedicadas á la vida contemplativa, había sin embargo, 3,027 conventos, de los cuales 321 pertenecían á comunidades monacales, como los Cartujos, los Bernardos, los Benedictinos, los Basilió y los Gerónimos, y los 2,706 restantes á las órdenes mendicantes.

Véase cuáles y cuántos de cada clase eran estas órdenes y estos conventos:

Los Agonizantes ó Clérigos Ministros, los fundó San Ca-

milo ds Lelis, de nacion italiano, en el siglo XIV, con la aprobacion del Papa Sixto V, y esta religion fué introducida en España en 1643, existiendo seis conventos.

Los Agustinos se dividian en dos clases: la órden de los calzados la fundó San Agustin, obispo de Hipona, en el siglo IV, en tiempo de Inocencio IV, y fueron introducidos aquí en el siglo XIII. Habiendo 196 casas de la órden. Los Descalzos Recoletos, fundados por el aragonés fray Juan Bautista Corona en 1588, bajo el pontificado de Clemente VIII, databan en España del mismo año de la fundacion, y habia 73 conventos.

Los Basilius, creados por San Basilio del Ponto el año 363 de nuestra era, aprobados por los Pontífices Pio IV y Gregorio XII, no se establecieron en la Península hasta el siglo XVI, y tenian solo 17 casas.

Los Benedictinos, fundados por el italiano San Benito de Palermo en el siglo IV, en tiempo del Papa Gregorio I, fueron establecidos en España en el siglo XVI, y tenian 91 conventos.

Los Bernados Cistercienses debieron su creacion, en el siglo XII, al borgoñés San Bernardo; se introdujeron aquí en el mismo siglo, en tiempo del Pontífice Eugenio III, y tenian 130 monasterios.

Las monjas Brígidas, fundadas por la santa de este nombre, natural de Suecia, en 1344, en tiempo de Urbano V, se establecieron en la Península en el siglo XVII y tenian cinco conventos.

Noventa y cinco existian de Canónigos regulares, divididos en seis denominaciones, que son:

Agustinos, fundados por San Agustin, obispo de Hipona, en el siglo IV, siendo cabeza de la iglesia Benito XII, se establecieron entre nosotros en el siglo XIV, y contaban 23 casas,

Premostratenses, fundados por San Norberto de Nantes en 1120, en tiempo de Honorio II, establecidos aquí en 1145; 19 conventos.

Santo Sepulcro, creados por Godofredo rey de Jerusalem en el siglo XI, siendo Pontífice Celestino II; vinieron á España en 1156 y tenían dos monasterios.

Sancti Espíritus, fundados por Inocencio III en 1204; introducidos en la Península en el siglo XIII; 12 casas.

San Antonio Abad, los fundó un francés llamado Gaston en el mismo siglo, y bajo el mismo pontificado que los anteriores; vinieron á España en el siglo XIII, y tenían 30 establecimientos.

San Jorge de Alga ó San Lorenzo Justiniano, fundados por Bartolomé Coloña, de Vicenza, en 1404, siendo Papa Gregorio XII; vinieron á nuestro país en el siglo XV, y tenían tres casas.

Los Carmelitas como los Agustinos, se dividían en Calzados y Descalzos. Los primeros los fundó «el profeta Elías, 980 años antes de Jesucristo;» fueron aprobados por el Pontífice Inocencio IV en el siglo XIV, y contaban entre nosotros 106 conventos. Los Descalzos fueron creados por los españoles Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz en 1362 en España misma, siendo Papa Pio IV, y había 191 casas de esta orden.

Los Cartujos, que han dado motivo á esta reseña, los fundó el alemán San Bruno en 1084, bajo el pontificado de Alejandro III; se establecieron en la Península en 1163, y habían 16 conventos.

Los Clérigos seculares misioneros los fundó el famoso aragonés San Vicente Ferrer en 1712, desde luego en España, en tiempo de Clemente XII, y había nueve monasterios.

Los Clérigos regulares menores fueron creados por un genovés llamado Juan Agustín Adorno, en 1588, en tiempo

de Sixto V; vinieron á España en 1594, y habia 15 casas.

El famoso español (guipuzcoano) San Ignacio de Loyola fundó como todos saben en 1534 la Compañía de Jesús, que no se introdujo hasta nueve años despues, en 1543, siendo aprobada la órden por Paulo III, y habia 10 conventos,

La Compañía de María fué fundada por una señora francesa llamada María Lestonac, en el siglo XVI, siendo aprobada la fundacion por Paulo V, se introdujo en España en el siglo XVII, y habia cinco casas de estas religiosas.

El florentino San Felipe de Neri fundó en 1575 la Congregacion de sacerdotes del oratorio, rigiendo la Iglesia Gregorio XVII, y teníamos 20 conventos, habiéndose establecido el primero en 1615.

La Congregacion de los Padres de la Mision, fundada por el francés San Vicente de Paul en 1625, se aprobó por el Papa Urbano VIII; se introdujo aquí en 1703, y habia ocho casas.

Los Dominicos (órden de predicadores) fueron fundados por Santo Domingo de Guzman, español, en 1216; se aprobó la fundacion por el Pontífice Inocencio III, se establecieron en el mismo año, y habia 351 conventos.

Los Escolapios ó clérigos pobres de la Escuela pia fueron fundados por otro español, por San José de Calasanz, aragonés, en 1597; aprobó la órden Paulo V, se establecieron en 1676, y habia 24 casas.

Los Franciscos se dividian en cuatro clases:

Observantes, fundados por el italiano San Francisco de Asís en 1208, aprobados por Inocencio III, introducidos en 1390; habia 850 conventos, mas que de ninguna órden, escediendo de la cuarta parte del total.

Terceros, fundados por el mismo en 1221, en tiempo de

Honorio III. introducidos en el mismo siglo XIII; habia 22 casas.

Menores Descalzos, fundados por un fraile granadino llamado el P. Juan Guadalupe en 1496, aprobados por Alejandro VI, introducidos en 1500; 171 monasterios.

Capuchinos, creados por Fr. Mateo Basilio, italiano, en 1525, ocupando la silla pontifical Clemente VII, introducidos en 1578; 132 conventos.

Los Gerónimos fueron fundados por unos hermitaños de Toscana en 1350 y se introdujeron en España en el mismo año, gobernando la Santa Sede Gregorio XI; habia 67 casas.

San Juan de Dios, portugués de nacion, fundó en el siglo XVI la orden de los Hospitalarios, aprobada por Sixto V: en la misma época se establecieron en la Península, y habia 58 conventos.

Otra religion, dividida en Calzados y en descalzos, era la de los Mercenarios, fundados los primeros por San Pedro Nolasco y por D. Jaime I. de Aragon en 1218, introducidos en el mismo año aquí, y aprobados por Gregorio IX, habia 97 monasterios. Los Descalzos, de fundacion tambien española, fueron creados por cuatro frailes, cuyos nombres no se conservan, en 1603, y desde luego en España, con aprobacion de Paulo V, y hubo 41 casas.

Los Mínimos de Nuestra Señora de la Victoria, fundados por el Napolitano San Francisco de Paula en el siglo XV, fueron aprobados por Sixto V, estableciéndose 91 casas, que databan entre nosotros del siglo XV.

Siete caballeros florēntinos, hoy desconocidos, establecieron los Siervos de María en 1204; el Papa Benito XI aprobó la fundacion, y en 1374 se introdujeron habiendo 12 casas.

Los Tealinos (elérigos) debieron su fundacion á San Cayetano de Vicenza en el siglo XV, siendo Papa Clemente VII; se introdujeron en 1630, y solo habia cinco casas.

Concluiremos esta reseña con una quinta y última religión de las divididas en Calzados y Descalzos, con los Trinitarios, de los cuales los primeros, llamados también Observantes, fueron fundados por San Juan de Mata, de Provenza, en 1198, y aprobados por el Papa Inocencio III: en España, donde databan desde el siglo XIII, había 85 conventos. Los Trinitarios Descalzos fueron creados por un español, llamado Juan Bautista de la Concepcion, en 1597: cuando Pontífice Clemente VIII se aprobaron, y en el mismo año se establecieron en nuestro país, donde tenían 28 casas al suprimirse las comunidades en 1834.

En 1768. sesenta y seis años antes de esta supresión, solo había en España 3,033 conventos, 2004 de frailes y 1029 de monjas; de modo que en aquel período solo habían disminuido en número de seis, si bien contaban con menor número de religiosos.

En la presente relación no se comprenden los conventos de América y demás posesiones de Ultramar, donde todavía existen muchos.—B...

(De los Sucesos.)

Los padres franciscanos van a fundar un convento en el terreno del árbol de la Virgen, cerca del Cairo, bajo la protección de la Emperatriz Eugenia, á quien el virrey de Egipto ha donado dicho terreno.

Cuenta la tradición que á la sombra de aquel árbol, se detuvo la Virgen á descansar en su huida á Egipto.

Observaciones morales.

Jamás nós hemos acercado á hombre alguno con ódio en el alma, y á los que nos sean enemigos mortales, si les viésemos caidos, les tenderíamos, compadeciendo su desgracia, nuestra mano.

El cristiano es libre. Benéfico viagero arribado de pais desconocido á nuestras playas, si ciegos le arrojamus de ellas, se embarca para la eternidad. Hijo de Dios vuelve á su padre.

Se ha repetido hasta el fastidio: «respetad las opiniones»... Respetar á las personas, eso sí; pero en punto á opiniones, á las buenas adoptamos y defendemos, á las malas rechazamos y combatimos. Jamás respetaremos al error.

La verdad es intolerante, porque es una. En la eternidad solo hay un Dios, en el cielo un sol, en un trono no caben dos reyes.

La verdad es como el sol; no consiente tinieblas.

El grave error de la época consiste, en tomar por liberales á los traficantes de libertad.

Sevilla es sin duda la poblacion mas piadosa y mas levítica del mundo, las funciones religiosas son

las que ocupan preferentemente la atención del Pueblo Sevillano; mientras el teatro no puede sostenerse por sus escasas entradas, los templos están siempre concurridísimos, la limosna para el culto es inagotable y todos los días vemos nuevas empresas en las Hermandades que rivalizan en ostentación y grandezza. Muerta estaba la Hermandad de Nuestra Señora de la Luz en la Parroquia de San Esteban, y en poco ménos de un mes ha resucitado con una grandezza que pasma. El Administrador del Exmo. Sr. Duque de Medinaceli, asociado con otras personas importantes, ha dado su impulso en la forma espresada. En Sevilla las personas mas distinguidas se disputan su distinción en las obras de piedad y religion; en esta poblacion se vive con mas tranquilidad, y se respira con mas libertad, y se enorgullece el católico que pronuncia su nombre como el de su patria ó mérida.

ERRATA IMPORTANTE.

En la página 196 al publicar la composicion poetica del ilustre Maestro Fr. Luis de León, los cajistas pusieron equivocadamente *de Granada*.

pararse, bajo el soplo que se cernia sobre su caos, este órden espléndido que es la belleza del universo, así aquel gé-
nio desconocido, que bien pronto la humanidad va á salu-
dar como á Rey, necesitará tal vez dias y dias para crear en
los elementos del pensamiento que fermenta ese órden sub-
jetivo, esa imágen interna de su ideal, que bien pronto, al
encarnarse en la palabra, al estallar en sonidos, al pintarse
en color bajo un pincel maravilloso, ó al destacarse del már-
mol bajo un cincel mágico, va á seducir, al mostrarse, á la
humanidad que ha corrido allí para verla.

Sea lo que fuere en cuanto al tiempo, próximo ó remo-
to, para él ha de sonar la gran hora; tambien el artista di-
rá el *fiat lux* de la creacion. Un dia, á través de los elemen-
tos que parecian agitarse en el caos, sale la luz como en el
principio, sale á través de la creacion repentinamente ilumi-
nada. Inundado de aquella luz y ardiendo de entusiasmo,
el artista siente la necesidad de hacer resplandecer por fuera
lo que dentro de él resplandece, y de comunicar á los de-
más aquella pasion desinteresada de la belleza que le ha se-
ducido á él mismo. Y cogiendo con mano trémula el ins-
trumento, ministro flexible y dócil de su génio creador, di-
ce: «Hagamos una obra maestra; hagamos á lo menos una
obra que brille con nuestra claridad, que alumbre con
nuestra llama, que viva con nuestra vida: hagámosla bella
en unidad, en variedad, en proporcion y en armonía; bella,
en fin, segun aquel órden que en nosotros resplandece; ha-
gámosla á semejanza de la imágen radiante pintada en nues-
tra alma extasiada, del mismo modo que esta imágen está
hecha á semejanza de aquella belleza eterna que ha irra-
diado sobre nosotros las profundidades de lo infinito.»

Entonces es cuando por un acto de voluntad soberana,
voluntad creadora en que la libertad y la espontaneidad, la
inspiracion y la reflexion se encuentran y se abrazan, to-

do lo que fermentaba y se removía en el interior brilla por fuera en forma de una aparición espléndida: es una cosa parecida á esas grandes flores de los trópicos que han guardado por largo tiempo en la oscuridad el misterio de su vegetación y de su fecundidad, y que un día brillan de repente bajo un rayo de sol con un desarrollo magnífico, dejando ver toda su belleza y exhalando todo su perfume.

Entonces es cuando la obra artística, verdadera creación del hombre, se manifiesta á la luz del sol, como esas creaciones de Dios aparecen por fin al descubierto después de sus largas y silenciosas elaboraciones. Y en tanto que el artista, lleno todavía de su ideal, triste y humillado tal vez, mira su obra maestra, suspira y dice pensativo pegándose una palmada en la frente: «No es aquello,» la humanidad le aclama y grita; «Ha brotado una obra maestra.» Lo ideal ha descendido sobre lo real; aquella obra ha salido de Dios pasando por el génio del hombre, y debe volver á Dios por la glorificación que toda creación humana debe al Ser creador de todas las cosas. ¡Gloria in excelsis Deo! ¡Gloria al Verbo eterno, Artista supremo del universo, centro de toda belleza, autor de todo génio é inspirador de todas las obras del arte!

De este modo volvemos por otro camino distinto, á lo que hemos llamado la estrella polar del génio artístico, el ideal que brilla en el firmamento del arte, y que desde el fondo del mismo Dios derrama sus luces en el alma del artista; y por él y con él volvemos nosotros á subir á su asiento eterno, al Verbo de Dios, causa eficaz é ideal suprema de toda creación.

Visto desde aquella cumbre divina, desde aquella altura, la única en donde el génio recibe, junto con aquel torrente de luz, sus fecundas inspiraciones, el arte, bien lo veis, señores, no solamente tiende hácia Dios, sino que toca á

Dios en un sentido verdadero; porque este ideal que él debe seguir sin cesar y expresar siempre más ó ménos; este ideal que se cierne tan alto sobre toda realidad; este ideal que huye á medida que se le quiere alcanzar á las profundidades de lo infinito; este ideal que es lo infinito mismo, radiante en todas sus fases y en todas esferas; este ideal en su verdad concreta y sustancial, repitémoslo otra vez, es Dios mismo, es el Verbo de quien dimanar eternamente toda verdad, toda santidad, todo órden, toda armonía y toda belleza. Si; á través de los esplendores de este ideal inspirador y modelo divino de toda obra maestra del génio humano, Jesu-
cristo, El Verbo de Dios encarnado, se ofrece á las miradas de mi razon y de mi fé como centro vivo del arte, como foco eterno de la belleza. El universo está iluminado por sus rayos: la naturaleza refleja en el tiempo los esplendores eternos, y para reproducir esta belleza por la potencia del génio, no es bastante reproducir el reflejo; es preciso remontar el vuelo hasta el foco mismo, por medio de una contemplacion sublime.

Si: ¡oh Maestro miol ¡oh Verbo encarnado, imágen de la sustancia del Padre y esplendor de su gloria! *Imago substantiæ, splendor gloriæ.* Vos sois á la vez la fuerza divina que lo ha hecho todo, y el tipo divino sobre el cual todo ha sido hecho; *Per quem omnia facta, et in quo omnia constant.* ¡Oh Verbo de Dios en quien reside eternamente, con los tipos de toda belleza la potencia de darles vida! Vos sois al mismo tiempo el ideal y el artista, el tipo y el artífice de todo lo bello que existe en ese panorama inmenso de la belleza que se llama el universo. Yo lo creo, lo veo y lo siento así, y estoy absolutamente seguro de ello. ¡Sí, del mismo modo que para llegar á la verdad plena es preciso elevarse hasta Vos, así, para llegar á la contemplacion de la verdadera belleza, es preciso elevarse hasta la con-

templacion de vuestra divina belleza! Si, yo lo creo y me
estremezco de gozo al creerlo; así como dais al génio de la
filosofia la intuicion y el amor de todo lo que hay mas ver-
dadero; así como dais al génio de la santidad la intuicion
y el amor de todo lo que hay más puro; del mismo mo-
do dais al génio del arte la intuicion y el amor de todo
lo que hay más bello. Si, yo lo creo, *credo*; así como Vos
sois el motor divino del pogrreso filosófico, moral, social, cienti-
fico y económico, sois igualmente el motor del mundo y del
pogrreso artístico: y el arte tambien grita por todas partes,
por medio de la voz de las obras maestras que coronan vues-
tra divina cabeza, lo mismo que esta predicacion grita ha-
ce ya quince años en este recinto, *el progreso por el Cris-
tianismo.*

CONFERENCIA SEGUNDA.

Objeto del arte y vocacion del artista.

MONSEÑOR:

Nos hemos propuesto demostrar este año *el progreso por el Cristianismo* bajo el punto de vista artístico, y hemos tratado de establecer desde un principio la verdadera nocion del arte como la antorcha que debe alumbrarnos en nuestra tarea. Expresion de la belleza ideal bajo una forma creada, el arte, tiene por objeto directo é inmediato lo bello, es decir, el esplendor del orden: y considerado en sí mismo, en su acto propio y constitutivo, el arte se nos revela como una *creacion*; creacion humana, hecha á semejanza de las creaciones divinas. Tal es verdaderamente la esencia del arte y la honra del artista; el hombre con su poder finito creando la belleza ó la forma armónica de las cosas, mirando á su ideal, así como Dios con su poder crea su sustancia y su forma todo á la vez, mirando al ideal eterno, que contempla en su Verbo y que es su mismo Verbo. Pri-

vilegio singular que hace del artista digno de este nombre un hombre distinto de los demás, y de todos los escogidos del arte una legion de preferencia: legion brillante y poderosa á la vez, en la que cada individuo vale en proporcion de su poder para crear, y brilla por el esplendor de sus obras.

Despues de haber contestado á las preguntas preliminares, ¿qué es el arte? ¿cuál es la verdadera noción del arte? debemos contestar á esta otra pregunta que surge necesariamente de la primera: ¿para qué es el arte? ¿cuál es el objeto y el destino del arte? En otros términos: ¿cuál es en la humanidad la verdadera vocacion y la funcion privilegiada del artista? Todo privilegio impone deberes; toda nobleza obliga; toda aristocracia empeña. Es, pues, muy natural que despues de haber establecido, con la verdadera noción del arte, la dignidad del artista, investiguemos hoy sus funciones, señalando el término á donde debe llegar y el destino que debe llenar en la obra general del verdadero progreso del mundo. Esta vez se trata no solamente del objeto propio ó inmediato del arte, que es crear lo bello, sino de un fin superior é inmediato á él mismo; se trata de saber lo que todo artista, sea ó no cristiano, debe proponerse en esa creacion de la belleza, que es su acto y su objeto propio.

Aquí, señores, nos encontramos delante de esa aberracion artística, que no há mucho habia invadido, mas ó menos, el dominio del arte; aberracion radical que se trasluce por esta fórmula verdaderamente grosera: *El arte por el arte*. El arte por el arte, es decir, el arte por sí mismo; es, filosófica y estéticamente, el absurdo en primer grado; y yo no haré á esa fórmula, vacía de sentido, la merced de darla cabida en mi discurso, llamandó por espacio de una hora la atencion de tan numerosa concurrencia. Nada hay en la creacion que sea por sí y para sí. ¿Es acaso el sol para el sol?

¿Es el río para el río? ¿Es la flor para la flor? ¿Es acaso el mismo hombre para el hombre? No; la flor, el río, el sol y el hombre, así como toda la creación, son para la mayor gloria de Dios: *ad majorem Dei gloriam*. Siendo esto así ¿por qué el arte para el arte? El arte, como todo lo demás, es para un fin superior á él mismo. El cielo del arte, lo mismo que el cielo de la naturaleza, tiene por fin último contar la gloria de Dios: *cæli enarrant gloriam Dei*. Y aun antes de tocar á este fin absolutamente supremo, el arte tiene otro que está mas inmediato á él; tiene una función social ante la humanidad, y este fin y esta función es lo que yo voy á demostraros en la presente Conferencia.

El ministerio del arte, señores, su gran función social, es perfeccionar la vida humana, acercándola á su ideal que es el mismo Dios. Sí, elevar á los hombres, atrayéndoles hácia las alturas; imprimir á la humanidad, por un movimiento de abajo á arriba, una dirección ascendente y una marcha progresiva; artistas que me escuchais, no lo olvidéis jamás; hé ahí vuestra vocación sublime, vuestra función verdaderamente régia. La humanidad, para la cual trabajais, sea cual fuere su grandeza y su progreso, tiene siempre necesidad de que se la eleve, porque su educación no está nunca terminada. A vosotros toca tomar vuestra parte generosa en este glorioso ministerio; á vosotros el ser, con otros muchos que cooperan á la misma obra, los brillantes educadores de esa humanidad que tiene la vocación de subir y no bajar jamás; á vosotros toca, en una palabra, *elevar* á las generaciones que os admiran, arrastrándola con vosotros mismos hácia su verdadero destino.

Para explicar esta vocación de los artistas no tendré que recurrir á consideraciones estrañas á mi asunto; os la mostraré saliendo del arte mismo, de la naturaleza, del génio, del poder del arte.

Las cosas creadas llevan en su misma naturaleza el signo de la vocacion que el Creador les há asignado; así, en la naturaleza del arte tal como la hemos definido y demostrado en nuestra primera Conferencia, es en donde yo quiero buscar el primer signo revelador de esa noble vocacion que Dios há asignado al artista: *eleva*r á la humanidad. Subir y atraer hácia arriba es la naturaleza y la esencia misma del arte. El artista ha nacido para elevar, como el ave para volar, como el viento para soplar, como la llama para brillar, como la sávia para florecer, como el pecho para respirar, como la inteligencia para pensar. Esta funcion es de tal modo inherente á la naturaleza del arte, que el arte, que el artista no puede abdicar de ella sin renegar de su vocacion y sin delinquir contra el mismo arte, al cual deshonra y aniquila. Todos los grandes y nobles espíritus dan á este destino del arte su sufragio unánime, y esta vocacion del artista la hacen derivar, como nosotros, de la naturaleza y de la esencia misma del arte. Pueden variar respecto á los medios de llegar al objeto, pero están conformes en lo que toca á la evidencia y la necesidad del arte. «El arte, dice un autor célebre de los últimos tiempos, secunda el esfuerzo del hombre para elevarse á su fin, es decir, hácia lo infinito, su objeto es levantarle de la tierra é imprimirle un movimiento de ascension.» No hace mucho, en el puesto mas elevado de la literatura francesa, uno de los cuarenta académicos pronunciaba estas palabras, dignas de hallar un eco simpático en la predicacion cristiana: «Es un error creer que para ponerse al alcance de la multitud se vea el arte obligado á descen-

der.» En efecto; no se cultiva el arte para descender de las alturas ni para ir á buscar á la multitud en donde esta se encuentra, para ponerse á su nivel; se cultiva el arte para llamar á la multitud hácia las cimas en donde uno mismo habita; se cultiva el arte para guiar á las muchedumbres con antorchas que las iluminen, mostrándolas con sus reflejos los caminos ascendentes del porvenir y del progreso. José de Maistre decia en su lengua original: «En un concierto, cuando la tónica baja, todo baja; y recíprocamente, cuando la tónica sube, todo sube.» Déjense los artistas, los literatos y los poetas, déjense decir esta verdad que los enaltece si saben comprenderla y practicarla. A ellos pertenece, sobre todo, dar la tónica y la dominante del gran concierto de las almas; á ellos pertenece subir para elevarlas consigo mismos.

Este objeto superior á sí mismo que el artista debe proponerse, no fué del todo desconocido por los paganos ilustrados que aplicaron á la teoría del arte una parte de su gran talento. Siendo paganos, no pensaban que el arte debiera ceñirse á mover, aun honestamente, la fibra de la sensibilidad humana; á ser para la humanidad una simple distracción más real: querian que elevara y engrandeciera el alma humana. Aristóteles buscaba en él un medio de elevación y de purificación. Hé aquí porqué entendia que debia representarse en el arte más bien el tipo ideal de los hombres y de las cosas que su realidad trivial, y ofrecerse á la vista del público, menos al hombre tal como es en las realidades vulgares de su vida, que al hombre tal como debe ser en conformidad con su tipo ideal. Platon abusó de esta idea proscribiendo del arte todo lo que no ofrece el modelo de la perfeccion completa y de la belleza acabada, bajo el doble punto de vista físico y moral. Esto era la exaltación de una verdad, á saber: que el arte, la escultu-

ra, la pintura, la arquitectura, la música, el drama, cuya misión es elevar y engrandecer, deben ofrecer á la admiración de las gentes lo que hay más grande y elevado.

Y ciertamente, señores; si unos paganos elevaban á esta altura el ministerio del artista, ¿qué no podemos exigir nosotros, apóstoles de Jesucristo? Yo no tengo necesidad de hacer notar lo que el Cristianismo exige aquí al artista, presencia de Dios y de la humanidad. Si él llama hácia arriba á lo más ínfimo que se conoce, ¿con cuánta más razón no llamará á esa cosa esencialmente ascendente, cuya naturaleza es subir siempre? Y si Cristo, motor universal de todos nuestros pogramos, grita á los mismos economistas, poniendo su ciencia y su industria al servicio de nuestras necesidades materiales: «Buscad en primer lugar el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura,» ¿que no les dirá á los artistas, cuya función es responder á nuestras más generosas y más elevadas necesidades? ¡Ah! Yo creo oírle gritar desde lo alto del cielo, á esa raza escogida: «Buscad en primer lugar la gloria de Dios y la grandeza de la humanidad, y las obras maestras brotarán por sí mismas al soplo de esa ambición doblemente sublime, y la gloria de Dios y la grandeza de la humanidad, buscadas por vuestro génio, se reflejarán en la gloria y en la grandeza de vuestras mismas obras.»

Pero, señores, penetremos un poco en lo íntimo de las cosas, y vamos á ver mejor cómo la naturaleza y la esencia misma del arte le imponen esta vocación gloriosa: elevar á los hombres. Aquí, sin volver atrás, podemos apoyarnos en la base sentada en la primera conferencia y aceptar nuestro punto de partida para marchar adelante.

Segun lo que ya se ha dicho sobre la esencia y la naturaleza de la obra artística, el arte, sea el que fuere, exige esencialmente del artista tres cosas conexas: la contemplación.

el amor y la expresión de la belleza ideal; una mirada para verla, un corazón para amarla, una mano para expresarla. Tales son los tres elementos, ó si quereis, los tres poderes que concurren simultáneamente á la creación de la obra del arte, y las tres atestiguan en el arte la función que en el artista la obligación de *elegir*.

Si, señores; el primer acto de toda creación artística es una mirada dirigida al mismo ideal de la belleza; es la contemplación en cierto modo intuitiva de aquella belleza infinita que se refleja sobre el genio del hombre desde las profundidades de Dios. Sin este ojo abierto para mirar lo ideal, ya lo hemos dicho, no hay artista verdadero. ¡Oh vosotros que llevais con honra ese gran nombre de artista! ved ahí bien vuestra actitud natural, y os está bien guardarla y comprender la función á que ella os destina. A vosotros, aun más que á la humanidad en general, es á quienes Dios ha dado una frente sublime, un rostro que mira al cielo. En pie, encima de las más altas cumbres de la vida humana, vosotros debéis contemplar incesantemente, más bien que á toda belleza y á toda grandeza infinita, el ideal de la belleza y de la grandeza infinitas; y seducidos los primeros por ese encanto de la grandeza y de la belleza infinita, debéis poner nuestro pensamiento sobre las alas del vuestro y arrebatarnos con vosotros, como lo hace el águila con sus polluelos, hácia esas regiones etéreas y puras á donde el ideal os llama por su propia atracción. Por vosotros y con vosotros también el alma del pueblo debe mirar y ver en ese mundo superior, lo que se descubre á vuestra vista. Porque el principio de su grandeza es la contemplación de todo lo que es grande y de todo lo que es bello; y sus contemplaciones preparan sus ascensiones, ó ellas son al menos su primera condición.

Comenzad, pues, artistas hermanos míos, quitando de

nuestros ojos, de los vuestros, las realidades tenebrosas y triviales; dejadnos mirar con vosotros este mundo de luz sin sombra y de belleza sin mancilla. Y cuando hayais de poner bajo nuestras miradas la realidad palpable, mostradnos en torno de la misma la idea que hace ver más allá y mirar más léjos. Sí, permitidme que os diga: «Elevad vuestras miradas con las nuestras.» Esto no es bastante; dejadme deciros tambien: «Elevad vuestros corazones con los nuestros:» *sursum corda! sursum corda!* Porque si os falta una mirada para contemplar lo ideal, el arte os dice tambien que os falta un corazon para amarlo; os falta una contemplacion sublime de la belleza ideal, sí; pero os falta tambien que esta contemplacion sea ardiente y entusiasta. Es que, en efecto, para conseguir vuestro fin no debéis solamente elevar la mirada de la multitud al par de la vuestra hácia todo lo que hay más grande, más perfecto, más divinamente bello; debéis elevarla principalmente sobre el corazon, sus afectos y sus amores. Lo que detiene además á todos los individuos, á todas las familias, y á todos los pueblos en su ascendente marcha, es la gravitacion de los corazones hácia las cosas ínfimas, y lo que precipita su marcha en los abismos de la degradacion es el abatimiento del corazon y la caída de sus amores. Hé aquí porque os demostré un dia que el motor universal del progreso es el corazon de Jesucristo atrayendo á sí propio todos los corazones y haciéndoles entrar en el movimiento de ascension infinita que representa. ¡Ah! es que el corazon es el centro de la vida; es que el amor es su gravitacion: *pondus meum amor meus.* Allí donde está mi corazon, allí está mi vida entera; y por donde quiera que voy, voy conducido por mi amor: *quocumque feror, amore feror.*

Si queréis, pues, que la humanidad se eleve, haced que se eleve su amor: *sursum corda!* Elevad los corazones, ele-

... los corazones, digo yo tambien, y elevareis la humanidad entera. ¡Ah! nuestros corazones se inclinan y se hunden bajo la presion de todos los sensualismos que el soplo de este siglo hace pesar sobre nosotros. Nos ahogamos en esta atmósfera envenenada. ¿No veis como por todas partes las cosas bajas, viles, y en ocasiones ímundas, fuercen nuestros corazones lo mismo que nuestras miradas, desentendiéndolo de una manera repugnante las tendencias degradantes y groseras? ¿Quién vendrá á realzar nuestros afectos, elevando nuestros corazones hácia las cosas sublimes? ¿Quién nos librará de estas degradaciones del corazón y de estas decadencias del amor? ¿Quién nos hará amar lo puro, lo santo, lo bello, lo invisible, lo infinito, Dios, en fin?... Artistas, si lo deseais, sereis, vosotros. Esta es verdaderamente nuestra vocacion: sí; apasionándoos noblemente por cuanto hay más grande, mas bello y más divino; la multitud se apasionará con vosotros: hé aquí lo que el mismo arte exige de vosotros: como lo demostraré mas extensamente, nadie es gran artista si no tiene un amor sublime.

Al par que la contemplacion y el amor de la belleza ideal, el arte os pide su expresion; y hé aquí lo que nos enseña, sobre todo en la naturaleza misma del arte, esta funcion generosa del artista, que traduzco por la palabra *elevacion*, es que, con efecto, este trabajo de expresion lo es de elevacion: es un esfuerzo para llegar á lo alto. Expresar por la energia del trabajo el ideal visto con los ojos y amado con el corazón, vale tanto como apretar la materia, oprimirla con la mano, con el aliento y con el génio, para que aparezca la claridad del espíritu. Trabajar, trabajar para desembarazar de la oscuridad de lo falso el esplendor de lo verdadero, de los desacuerdos del mal las armonías del bien, y de las formas de lo feo la verdadera fisionomia de lo bello, decidme: ¿todo esto no significa lo mis-

mo, esto es, una lucha generosa contra los abatimientos de la vida, un esfuerzo para elevar y hacer elevar consigo las generaciones que contemplan, admiran y aplauden? Estas tres cosas que unen, como si fueran lo mismo, al filósofo, al santo y al artista, esto es, lo verdadero, lo bueno y lo bello, ¿no son como las tres fases del infinito irradiando sobre el alma del hombre? ¿Y quién no ve que reflejar en una obra cualquiera de estas tres fases de Dios, equivale á invitar á las almas á elevarse hasta el mismo Dios, y por consiguiente toda espresion de lo ideal es un llamamiento al infinito?

Sin duda el artista, en su vuelo hácia lo ideal no renuncia del todo á lo real. Busca en él los reflejos de lo ideal que contempla, que ama y quiere reproducir; reconoce, ama y admira en la naturaleza los vestigios de Dios. Porque en tanto es mas artista en cuanto comprende y percibe en la naturaleza la obra divina. Mas la gerarquía de las bellezas creadas que solicitan á la vez su mirada, su corazon y su mano hace que se remonte de la tierra al cielo, de la naturaleza á Dios, y de la belleza imperfecta á la belleza perfecta. Como los Santos apasionados por el amor divino, si el artista percibe una mirada á las bellezas de la tierra, es para mejor percibir la belleza del cielo; si toca la materia, es para transfigurarla mejor en las claridades del espíritu; si pinta, esculpe y reproduce la belleza de los cuerpos, es para hacer brillar mejor, á través de los cuerpos, la hermosura de las almas. Si representa, en una palabra, las realidades colocadas en los grados mas ínfimos de la naturaleza, es para mostrar mejor al través de todas lo ideal, irradiando sobre ellas desde las profundidades de lo infinito, y para que se remonten con ellas las almas encadenadas por su génio y arrebatadas por la belleza de sus obras.

Comprendeis ahora, señores, cómo el arte con la contemplación

placion, el amor y la expresion de la belleza ideal, es esencialmente una elevacion y un vuelo hácia esta hermosura infinita que contempla, ama y procura mostrar? ¡Ah! Esta es la belleza que expresa, la verdad que pone de manifiesto, el bien que descubre y el órden que resplandece en la obra del artista; es un atractivo, un encanto y una seduccion: un atractivo de lo invisible, un encanto del cielo, y una seduccion de lo divino; y el arte, cediendo á este atractivo, y comunicando esta seduccion santa, se os aparece como el *sursum corda* de la humanidad. Es el *sursum corda* pintado en la tela, esculpido en el mármol, grabado en todas las obras maestras de arquitectura, y resonando en todas las obras maestras de la armonía. Sí; el artista, sea pintor ó arquitecto, escultor ó músico, si cumple su ley, pronuncia y vuelve á pronunciar en sus obras, llenas de los resplandores de su ideal, el *sursum corda* de la humanidad ascendente. «Elevad las miradas, elevad los amores, elevad todos los movimientos de la vida. Soy artista, y fiel á mi vocacion, gravito hácia mi polo, y busco mi estrella: soy artista, y como tal subo por todas mis potencias hácia todo lo que está elevado; arrastro en mi marcha todas las nobles almas que aman esta belleza de que estoy apasionado, y digo, mostrando á todos algo de esta hermosura que contemplo, amo y expreso en mis obras: *sursum corda*..... ¡Marchad hácia lo alto, hácia lo infinito, hácia Dios! ¡Ah! Es que mi arte es un apostolado, un misterio, un sacerdocio, y mis obras una predicacion. Mi palabra enseña y descubre á Dios, centro de toda hermosura, así como otras le descubren y enseñan como centro de toda verdad y de toda santidad. Y haciendo brillar en las obras maestras esta faz, que es la mas atractiva de lo infinito, arrastro hácia esta hermosura todo el que sube á su imperio, y digo, mostrándola de lejos: «Subid á ella, y abrazadla, porque vuestra alma ha sido hecha para este himeneo eterno, del

«cual el presentimiento me da sobre la tierra un gusto anticipado del cielo, y del cual tengo la revelacion en el fondo de mi génio.»

En efecto, señores: el génio del arte, con los instintos que le son propios, constituye para nosotros la segunda revelacion de la funcion del arte y de la vocacion de los artistas.

II.

Hasta aquí, para conocer la verdadera mision del artista, solo hemos considerado el arte en sí mismo: acabais de ver cómo el arte, por sus exigencias mas elementales, exige del artista la sublime mision de *eleva*r á los hombres, elevando con sus miradas y sus amores todos los movimientos de su vida. Entremos ahora, señores, en el génio del arte; penetremos con respeto en este santuario íntimo donde el grande artista recibe sus revelaciones y sus inspiraciones: vais á ver como lo que el arte nos grita, tan alto ya por su naturaleza, *sursum corda*, nos lo grita en voz mas alta todavia el verdadero génio del arte. Nos lo grita por medio de tres voces que se reducen á una: por la voz de sus aspiraciones necesarias, por la voz de sus sufrimientos inevitables, por la voz de sus necesidades invencibles: esto es, por todas las voces que salen del mismo fondo del génio del arte para proclamar su vocacion.

¿Que es lo que se llama *el génio del arte*? Las predisposiciones naturales que predestinan al artista, á la creacion de obras maestras. Las mismas aspiraciones, necesidades y sufrimientos están en relacion providencial con las vocaciones de Dios; designan la funcion y atestiguan el destino. Y vais á ver como el génio del arte lleva tambien en dichas tres co-

hemos visto por nuestros ojos, y que han sucedido léjos de nosotros, ó en los siglos anteriores? ¿Queremos que estos hechos hayan sido muy públicos, de la mayor importancia, y muy señalados por sus consecuencias ó por sus resultados? ¿Queremos que se refieran por historiadores contemporáneos bien informados y exentos de toda sospecha de impostura? No se puede exigir mas, y ciertamente no habrá un suceso de la antigüedad profana que se acredite por caractéres mas relevantes de verdad. Volvamos pues al intento, y veamos si se encuentran todos estos requisitos en los hechos evangélicos.

Primeramente se quiere que los hechos antiguos hayan sido muy públicos, muy perceptibles, que no hayan sucedido en la oscuridad, y durante las sombras de la noche, sino en medio del dia, á las claras, y á presencia de muchos testigos de todas edades y condiciones, porque entónces su publicidad no permite el menor recelo de fraude ó de sorpresa. En los lugares secretos y tenebrosos puede fascinarse la imaginacion; los sentidos ser seducidos y tomar las apariencias por realidades. ¿Pero hubo nunca una cosa mas pública, mas visible, mas patente á la vista de todos que los milagros evangélicos, como el de Lázaro, el del ciego de nacimiento, el del paralítico, el de la multiplicacion de los panes, y el de toda aquella muchedumbre de enfermos curados de repente, en todas partes, en las calles y plazas públicas de los pueblos y de las ciudades de la Judea? No era necesario para ver estos hechos prodijiosos ser un profundo físico; bastaba tener ojos, y eran por su propia naturaleza tan visibles como cualquier otro suceso de la vida humana, y tan perceptibles como puede serlo nuestra reunion en este recinto; pues á la verdad no se necesita saber tan bien como Newton las leyes de la óptica para tener seguridad de que me veis y de que os veo.

Se quiere tambien que los hechos no hayan sido oscuros ni de poco interés, tales que puedan admitirse ó desecharse con igual indiferencia ó lijereza, sino acontecimientos de alta importancia; porque entónces escitan la curiosidad pública, llaman la atencion de las personas ilustradas, y aun de las autoridades, se apuran y examinan con el mayor cuidado, y cuando llegan á admitirse es en fuerza de las reflexiones mas sérias. ¿Y que podia, Señores, haber de ma-

yor importancia que los milagros de Jesucristo? Los Judíos esperaban á un Mesías, á un libertador prometido á sus padres; y se habia ya esparcido entre los paganos el rumor de la próxima aparicion de cierto personaje extraordinario que debia salir de la Judea, como lo acreditan Tácito y Suetonio que hacen espresa mencion de ello (1); en medio de esta inquietud universal aparece Jesus; dice que es aquel mismo que anunciaron los oráculos, el enviado del cielo para darles cumplimiento, para establecer un culto nuevo y abolir los sacrificios antiguos, y se atribuye el poder de hacer milagros en señal de la divina mision de que se dice revestido. ¿Pudiera haber cosa alguna que interesára mas de cerca á la religion de los Judíos, al culto y á los usos de un pueblo tan obstinadamente adicto á las leyes y costumbres de sus mayores? ¿pudiera tampoco ninguna escitar mas eficazmente la atencion, tanto de los sacerdotes y doctores de la ley, como del pueblo todo?

Se requiere por último que no sean hechos aislados ó independientes de la série de la historia, sino que influyan en sus sucesos posteriores, ó se enlacen con alguna variacion en el órden relijioso ó político; porque entónces el interés llega al último punto, el exámen es mas general y severo, y hay mas medios de apurar la verdad. ¿Y no se distinguen los milagros de Jesucristo por su enlace con los sucesos que fueron su consecuencia, y que por lo mismo han llegado á ser su prueba mas incontestable? El cristianismo no se fundó por la elocuencia, por la fuerza de las armas, ni por el deleite, sino por la creencia de los milagros evangélicos anunciados al universo: de este modo estan enlazados con la revolucion mas asombrosa, mas universal y durable que han visto los hombres desde su orijen. ¿Que es en efecto el imperio de Darío, el de Alejandro ó el de los romanos, si se comparan con el reinado de Jesucristo que por su extension y duracion comprende á todos los pueblos de la tierra, y alcanza á todos los siglos? Por el testimonio de la historia creemos con bastante fundamento una multitud de hechos antiguos que no ofrecen este conjunto de caracteres de

(1) Tacit. *Histor.* lib. V, cap. XIII. Sueton. *in Vespas* cap. IV.

verdad; pero cuando los que nos refiere son tan visibles, tan públicos é importantes como los milagros de nuestros Evangelios, se cree con mayor facilidad á mi parecer, que aquellos que se dicen testigos de ellos no han sido juguete de una vana ilusion, y que han podido saberlos muy fácilmente: de este modo queda plenamente satisfecha, en cuanto á la naturaleza de los hechos, la crítica mas ríjida y escrupulosa.

Es cierto, diréis, que los milagros atribuidos á Jesucristo en los Evangelios tienen todos esos caractéres de interés y de publicidad; ¿pero quien nos responde de su realidad? ¿Como asegurarnos de que no han sido inventados por impostores, publicados despues por ellos, y adoptados entre pueblos crédulos y superticiosos? En cuanto á esto, Señores, bien se puede desafiar á los incrédulos á que produzcan hechos de la antigüedad fundados en testimonios mas irrecusables que los que apoyan los hechos evangélicos; de manera que ó no han de dar crédito á nada de lo que ha pasado en otro tiempo, lo que seria locura, ó si son consiguientes, han de convenir en la realidad de los milagros de Jesucristo.

Con efecto, Señores, cuando en la sustancia de las cosas se hallan conformes muchos historiadores contemporáneos de los acontecimientos que describen, cuando su relacion lleva un sello de probidad y virtud que no puede remedar la impostura; y en fin cuando su testimonio ha pasado á la posteridad sin experimentar contradiccion de parte de aquellos que debian examinarle mas atenta y diligentemente, y con cierto secreto deseo de calificarle de falso, entónces se ha llegado al mas alto grado de certidumbre histórica. Tengamos presente que la autoridad de la historia no solo depende de las cualidades personales del que la escribe, sino tambien del consentimiento general de su contemporáneos. Cuando yo leo á un historiador, me parece que estoy oyendo á su nacion y aun á todo el siglo en que vivió: porque ¿quien no percibe que si llegase su impudencia al extremo de querer engañar á sus contemporáneos sobre los hechos mas ruidosos, importantes y notorios, al punto se levantaria contra él un grito general de indignacion, cuyo eco resonaria en la posteridad, y le denunciaria como un insigne falsario á todas las jeneraciones siguientes? No es ahora oportuno explicar

estas reglas de crítica; pero los que estan versados en esta materia saben que no se puede inventar otras mas rigurosas, y que estamos muy distantes de exigir todos estos requisitos en una multitud de hechos que todo el mundo cree por el testimonio ajeno.

Haciendo ahora aplicacion de estos principios, os pregunto: ¿quereis para atestiguar los hechos evangélicos, historiadores que hayan escrito poco tiempo despues de los sucesos, no informados por rumores vagos y tradiciones inciertas, sino que tocando al mismo origen de estos hechos hayan tenido todos los medios posibles de saberlos bien y puntalmente? Os citaremos ocho autores distintos, los cinco testigos oculares, y los otros contemporáneos: sus escritos forman todo el Nuevo Testamento. S. Mateo, S. Juan, S. Pedro, Santiago y S. Judas fueron del número de los doce Apóstoles; é inmediatos siempre á la persona de Jesucristo, fueron testigos permanentes de sus virtudes y de sus prodijios. San Marcos, San Lucas y San Pablo vivian en la misma época en que se obraban estos milagros. En vano se trataria de disputar la antigüedad de su diferentes obras: ya en nuestro último discurso hemos establecido y vindicado la de los cuatro Evangelios; y nos seria igualmente fácil probar, entre otros, la del libro de las Actas y de las Epístolas de San Pablo.

Obsérvese además, Señores, con cuánta confianza, con que seguridad y convencimiento hablan los Evangelistas. Ellos nombran las ciudades, los lugares, las familias, las personas que han sido testigos y aun objeto de estos milagros: no tratan de dar á los Judíos pruebas de lo que exponen; se refieren francamente á la fe pública y al conocimiento que de ello tenia toda la nacion. Los Apóstoles no refieren hechos antiguos sucedidos en las jeneraciones pasadas; escriben como historiadores de sucesos que han pasado á la vista de aquellos mismos Judíos á quienes hablan. ¿Y cuanta no hubiera sido la imprudencia, ó mas bien la locura de los Apóstoles, si hubiesen puesto á la nacion judía por testigo de lo que jamas habia visto? Jesucristo no era un personaje oscuro, y acerca del cual, por haber vivido en tiempos remotos, fuera fácil inventar fábulas. Jesus habia recorrido las ciudades, las villas y aldeas de la Judea; habia enseñado en el tem-

plo, conferenciado con los príncipes de los sacerdotes, y con los doctores de la ley; un numeroso pueblo le habia seguido á la montaña y al desierto, y lo mas distinguido de la nacion habia podido verle y oírle lo mismo que la multitud. ¡Y qué! ¿seria posible que aquel Jesus á quien todos conocian, no hubiese realmente resucitado á Lázaro, ni dado vista al ciego de nacimiento, multiplicado los panes, curado con un poder enteramente divino aquella muchedumbre de enfermos que le salian al encuentro, y que sin embargo los Apóstoles citasen como testigos de estas maravillas á un gran número de personas aun vivientes? ¿Se hubiera atrevido San Pedro á esclamar levantando la voz en medio de una asamblea de Judíos: «¡O Israelitas, oid lo que os voy á decir! ¿Sabéis que Jesus de Nazareth ha sido un varon á quien Dios ha hecho célebre por los milagros que ha obrado en medio de vosotros?» *Jesum Nazarenum, virum approbatum á Deo in vobis, virtutibus, et prodigiis, et signis, que fecit Deus per illum in medio vestri, sicut et vos scitis* (1). Si esto hubiera sido una impostura, ¿cuan grosera hubiera sido y cuan fácil de descubrir! ¿Podria esperar San Pedro persuadir á los Judíos que sabian lo que no sabian, y que habian visto lo que no habian visto? Una burla general hubiera ciertamente hecho justicia á la relacion de los Escritores sagrados, si solo hubiesen referido fábulas impertinentes; y hubieran sido rechazados y escarnecidos por aquellos mismos á quienes locamente se atrevian á citar por testigos; y he aquí por que la cualidad de autores contemporáneos da una fuerza invencible á su testimonio.

¿Quereis historiadores que presenten en sus escritos las pruebas mas sobresalientes de sinceridad y de buena fe? Leed, Señores, á nuestros Evanjalistas; ved cuan sencilla é injénua es su narracion. No hallaréis en ellos reflexiones estudiadas ni ostentacion de palabras; todos en ellos respira candor é inocencia; no se disimulan sus propios defectos; el celo indiscreto de unos, las pretensiones ambiciosas de otros, la ignorancia y groseria de todos, la cobardía que los dispersa, la negacion de S. Pedro, en fin, nada se pasa en silencio

(1) Act. H. 22

de cuanto podia humillarlos. Su conformidad en la sustancia de las cosas prueba que todos han bebido la verdad en un manantial comun, y la diferencia que se echa de ver en sus relaciones acredita que en esto no pudo concertarse fraude alguno. ¿Que historiador no aspira á ensalzar á sus héroes; no se indigna de las injusticias que padecen, y no se irrita contra sus enemigos? En nuestros Evanjelistas no hay hiel, ni ira, ni cólera, y nada descubre ni odio ni énfasis. Refieren los dolores y padecimientos de su Maestro con la misma sencillez que sus milagros: al mismo tiempo que le pintan como revestido de un poder divino, le representan sujeto á todas las flaquezas de la humanidad; y la historia de la escena tremenda de su crucifixion está contenida en estas solas palabras: *Allí le Crucificaron*. Hay en su estilo y lenguaje un cierto carácter de veracidad y de candor, que la mentira no puede falsificar. El corazon no concibe al leerlos la menor sospecha de fraude ni de ponderacion, y siente en sí el poderoso atractivo de la virtud y de la injenuidad, al que nó es posible resistir. No sirve decir que los Evanjelistas aparentaron sencillez para alucinar con mas facilidad; pues siempre la afectacion se descubriria por algun lado; ¿y cuales ademas serían las señales características de la verdad, si pudiera la impostura, sin desmentirse jamás, copiarlas con tanta fidelidad? La historia evanjélica podrá no decir ni persuadir cosa alguna al corazon árido de un materialista, ni al gusto depravado del charlatan presuntuoso; demasiado lo sé: hablaba sin embargo enérgicamente al alma de Juan Santiago, cuando le arrancó este homenaje tan justo y tantas veces citado (1): «Confieso que la majestad de las «Escrituras me asombra, y que la santidad del Evangelio habla «á mi corazon. ¿Que despreciables son al lado de este los «libros de los filósofos con toda su pompa? ¿Dirémos que ha «sido inventada de propósito la historia del Evangelio? ¡Ah! «No se inventa con tanta facilidad; y los hechos de Sócrates, de que nadie duda, estan mucho ménos comprobados «que los de Jesucristo. En sustancia eso es eludir la dificultad sin desvanecerla; pues todavia fuera mas inconcebible

1) Emilio, lib. 4.

«el que muchos hombres, todos de acuerdo, hubiesen forjado este libro, que el haber uno solo suministrado su asunto. «El Evangelio tiene unos caracteres de verdad tan grandes, tan señalados y tan enteramente inimitables, que su inventor sería todavía mas asombroso que su héroe.»

Hay además una circunstancia admirable, única en los anales del jénero humano, y que echa el sello á la sinceridad de los Apóstoles. Nuestros escritores sagrados no se ciñen á publicar los hechos de que tienen puntual noticia: desafian todos los peligros, se expone á los insultos, á los tormentos, al sacrificio de su propia vida, si es menester, por certificar la verdad de los hechos que refieren en sus escritos. ¿Que historiador de la antigüedad pagana se hubiera dejado matar por sostener la certeza de los acontecimientos referidos en sus escritos? En esto sentimos, Señores, toda la fuerza de un testimonio sellado con la sangre de los que le presentan, y no creemos pueda eludirse con algunas comparaciones inconsideradas. Será posible enhorabuena que hombres educados y criados en opiniones falsas las crean muy verdaderas, y que en estas persuasion lo sacrifiquen todo por ellas, hasta la vida; pero entónces el error tenido por verdad ejerce sobre su corazon todos los derechos y todo el imperio de la verdad misma. Pero que cierto número de hombres inventen hechos del todo falsos; que los anuncien luego como verdaderos hasta con riesgo de su propia vida; que en caso necesario se dejen degollar por atestiguar que han visto lo que no han visto, y que han oido lo que no han oido, es, Señores, un jénero de frenesí enteramente inaudito. Los Apóstoles, como dijo Bossuet (1), no eran hombres preocupados que se dejasen matar por sentimientos que mamaron con la primera leche: no eran unos teóricos que idolatrasen sus opiniones propias y las sostuviesen á costa de su vida. Los Apóstoles no dicen jamas: hemos pensado, hemos meditado, hemos inferido; pues en este caso pudieran ser falsos sus pensamientos, mal fundadas su meditaciones, y erróneas ó mal sacadas su consecuencias, sino que dicen: *Hemos visto, he-*

(1) Panégyr. de S. André, I. point.

mos oído, hemos tocado con nuestras propias manos. (1) Así queda en todo su vigor la espresion célebre de Pascal en cuanto á esto, la cual han aparentado los incrédulos no entender: no dijo precisamente Pascal: Creo con gusto á los hombres que dan la vida por sus opiniones, sino que dijo: «Creo» con gusto las historias cuyos testigos «se dejan matar.» Convergamos, Señores, en que los escritores del Nuevo Testamento estaban animados del amor á la verdad, y en que por su candor su conformidad y el esfuerzo con que arrojaron la muerte por sostener la certeza de los milagros de que se decian testigos oculares, presentan tales pruebas de sinceridad, que inútilmente se buscarán en los historiadores de la antigüedad profana.

¿Y con que razon se alegrará que los milagros de Jesus no han sido referidos mas que por sus discípulos? ¿Y que nos importa, si su testimonio es irrecusable; si tienen todos los requisitos de escritores fidedignos; si es evidente que no fueron engañados ni engañadores, y que se ciñeron á referir fielmente lo que sabian con certeza? Nótese tambien que nuestros escritores sagrados no habian nacido Cristianos; y que por consiguiente sus palabras no eran efecto de preocupaciones adquiridas en su primera educacion. Abrazaron el cristianismo atraidos y convertidos por los milagros de Jesus; de modo que su calidad de cristianos aumenta, en vez de disminuir, el peso de su testimonio. ¡Que injusticia no es pues exigir otros mas! Sin embargo, la Providencia ha permitido que la declaracion de nuestros escritores sagrados se encontrase confirmada por las obras mismas de sus mas violentos enemigos. Sabidas son las disputas que desde el principio se suscitaron entre los Judíos y los paganos por una parte, y los Cristianos por otra: los primeros nada olvidaron de cuanto pudiera hacer ridiculos y odiosos á los segundos, y desacreditar su doctrina y sus libros; pero es inaudito que entre los enemigos y los defensores del cristianismo recayese nunca la disputa sobre la realidad de los milagros evangélicos (2). Durante la vida de Jesu-

(1) I. Joan, I, 1.

(2). Duvoisin. *Démonstrat. évangél.* art. V, Miracles, n. 2°

cristo nadie los contradecía; y solo los Judíos tenían la malignidad de atribuirlos al demonio. Es indudable tambien que Celso, Porfirio y Juliano, léjos de negar los milagros de Jesus, se contentaban con mirarlos como operaciones májicas. Yo no examinaré si la confesion de estos forma por sí sola una prueba completa y decisiva; pero siempre es muy notable que convengan en la realidad de nuestros milagros hasta aquellos mismos que hablaban con tanto odio y menosprecio de Jesucristo y de sus discípulos. Sin necesitar el cristiano en esta parte de apoyos ajenos, se complace en ver la verdad vengada de los ataques de los incrédulos anti-güos. ¿Que prueba puede tampoco deducirse del silencio de algunos autores judíos ó paganos? Es contra todas las reglas de la sana razon y buena crítica oponer á los testimonios mas positivos é irreflegables que puede ofrecer la historia un silencio que tan fácilmente se esplica ya por la indiferencia, el odio, la preocupacion ó la política, y ya por otras pasiones y consideraciones semejantes que se apoderan demasiado del corazon del hombre. El cristianismo se presentaba, particularmente á los gentiles, con apariencias extravagantes, capaces de hacerle despreciable y odioso; habia nacido entre los Judíos, nacion oscura y tenida en poco en aquella época, y solian muchos confundirle con la relihion judáica. Así se ve que autores graves y habilísimos, como Suctonio y Tácito, conocian muy superficialmente la doctrina del cristianismo, y hablaron de ella como hombres apasionados y muy mal instruidos. Plutarco; cuyo saber era tan vasto, no habló una sola palabra de la religion cristiana, aunque consta que en su tiempo se hallaba ya extendida por todas partes del imperio.

No hay pues fundamento para rebatir la autoridad irrecusable de nuestros escritores sagrados por el silencio de algunos autores de la antigüedad. Es tal la fuerza del testimonio evangélico acerca de los milagros, que para eludirlo un ateo moderno ha tomado el desesperado partido de negar hasta la existencia misma de Jesucristo. Estas son sus palabras. «Adoptar el testimonio de estos libros (los Evangelios) como prueba de la existencia de Cristo, es comprometerse á creerlo todo; pues si son verídicos sus autores diciendo que Cristo vivió entre ellos, ¿que razon

«tendríamos para no creer que vivió del modo que ellos refieren, y que su vida se señaló por los sucesos maravillosos que nos cuentan? Si es una imbecilidad de los buenos cristianos el creerlo así, en esto son á lo ménos consecuentes.» No me empeñaré yo ahora en rechazar la espresion grosera é indecorosa de un escritor que no repara en tachar de imbecilidad á tantos ingenios sobresalientes, que han creído muy sinceramente los milagros de Jesucristo referidos por los Evangelistas. Si en esta controversia fuera indispensable saber si habia imbéciles, no me parece que merecerian tal concepto Bacon, Pascal, Descartes, Neuton, Locke, Fenelon, Bossuet, Leibnitz ni otros muchísimos talentos de primer orden que estan todavía reputados por principes de las ciencias humanas, y han tenido el cristianismo por obra del mismo Dios. Así dejemos á un lado ese indecente epiteto, que solo envilece al que le aplica, y prueba la deplorable estreñidad á que se ve reducido; pues por no admitir los milagros de Jesucristo niega hasta su existencia, é incurrir en un desvarío insigne entre los desvaríos del entendimiento humano. A la verdad si necesitásemos alguna otra prueba mas de la religion, la ballaríamos en las opiniones monstruosas de sus enemigos. Nada pues hay mas cierto que los milagros evangélicos, como acabamos de probar; ahora añadirémos que nada hay tampoco mas decisivo á favor de la mision y de la doctrina de Jesucristo. Convencidos ya de la realidad de sus milagros, ¿cómo podríamos no estarlo tambien de la verdad de su mision y de su doctrina? ¿Podia dar una señal mas brillante, mas atractiva, mas divina que la potestad de mandar á toda la naturaleza, y de hacerse obedecer por ella? ¿Y que se ha discurrido para disminuir la impresion de estas maravillas? Se ha dicho que no se sabe de cierto si podrian esplicarse por causas puramente naturales; si no han sido ejecutadas por un agente superior al hombre, pero enemigo de la verdad; si las hizo Jesus en señal de su divina mision, ó solamente por un sentimiento de compasion hácia los desdichados. ¡Vanos y despreciables subterfujos!

Primeramente, leed la historia evangélica, y nada hallaréis en las circunstancias de los hechos milagrosos, ni en la relacion del modo con que pasaron, que descubra ni aun permita presumir la accion de las causas físicas ó de los medios satiles de la industria humana. Jesus ejecuta estos prodigios sin preparativos, sin agente natural, sin aparato de máquinas, en cual-

quier lugar, á cada instante, de repente, en medio del dia, en virtud de una sola palabra, y segun que los objetos se le presentan. *Quiero que quedes sano*: he aquí todo su arte y todos sus remedios; y á estas solas palabras sacuden sus males al instante y recobran plenamente la salud paralíticos, sordos, mudos, ciegos y leprosos. *Sal del sepulcro. Lázaro*: esta sola palabra restituye á la vida un cadáver que estaba disolviéndose. En verdad que si en esto hay industria, es á lo ménos una industria enteramente divina.

En vano se trataria de envilecer estos prodijios con Paralelos falsos y ridículos. Esclame en hora buena el hijo de Creso mudo de nacimiento y horrorizado á la vista de un enemigo quo iba á descargar sobre su padre el golpe mortal: *hombre no mates á Creso*: está bien que así fuesa; pero yo no veo en esto mas que el impulso violento de una pasion, que causando en los órganos una comocion extraordinaria, produce en ellos un trastorno favorable: consígase en hora buena algunas veces, y á fuerza de infinitos cuidados, corregir la mala configuracion de los miembros, ó hacer articular palabras á hombres privados del órgano correspondiente; tampoco veré en esto mas que el resultado de una habilidad, ó de una industria larga y penosa. Así tambien el escitar por la accion de un fluido condensado un estremecimiento momentáneo en los músculos de un animal muerto, es solo un efecto mecánico, semejante al de las vibraciones de una cuerda pulsada con los dedos, y un hecho sin analogía alguna con los fenómenos de la vida. Mas ¿quien no percibe la distancia infinita que hay entre estos ú otros semejantes resultados del arte y del tiempo, y los prodijios evanjélicos? En los milagros de Jesucristo nada puede atribuirse al movimiento impetuoso de una pasion, nada al influjo del tiempo, á esfuerzos repetidos, á accidentes imprevistos pero favorables, ni al juego de resortes ocultos: todo en ellos es repentino, perfecto, todo hecho por medios ocurrencias y sin ningun aparato; todo hecho por medios que no tienen proporecion ninguna con los efectos, en virtud de una sola palabra, y por el acto de una voluntad á la que nada resiste. Son resurrecciones, completas de difuntos que ya exalaban la fetidez del sepulcro; y multiplicaciones instantáneas de algunos panes con que al momento se

alimentan muchos miles de hombres; ¿y no es todo esto, os pregunto, una violacion manifiesta de las leyes de la naturaleza? ¿no lleva consigo la marca visible del poder divino?

Mucho se han ponderado y aun se ponderan todavía ciertos fenómenos extraordinarios, cuya causa no está bien conocida, y que han dividido á los sabios hasta el extremo de ser celebrados por unos con entusiasmo, y ser para otros un objeto de irrision. La incredulidad, siempre ansiosa de cuanto halaga sus deseos, ha echado mano de ellos, y no ha temido assimilarlos á los milagros evanjélicos. No me propongo apurar la verdad de los hechos que se alegan, y dejo al cuidado de otros este exámen crítico. Supongo que despues de haber entresacado lo verdadero de lo falso, y echando á un lado todo lo que hayan podido abultar la imaginacion, la vanidad, la irreflexion y el charlatanismo, resulten probadas algunas curaciones notables que parecen salir de los métodos ordinarios: ¿no será siempre vergonzoso á la razon humana haberse atrevido á compararlas con las curaciones milagrosas que se refieren en nuestros Evangelios?

Yo haré una observacion jeneral y terminante. El mismo Jesucristo es quien hizo todos los prodijios referidos por nuestros Evanjelistas; tanto los que pueden llamarse de primer orden, como los que nos parecen ménos asombrosos. El mismo que resucitó á Lázaro, que dió vista al ciego de nacimiento y multiplicó los panes en el desierto, es el que curaba tambien las enfermedades y dolencias de todas clases. La resurreccion de Lázaro es un milagro en que se ostenta la omnipotencia divina, y un hecho bien superior á las débiles imitaciones del hombre; pues yo no sé que haya en Europa ningun pefesor del arte de curar, que se glorie de restituir la vida á los cadáveres empezados á podrirse bajo de la losa del sepulcro; y si Jesucristo ejecutó aquel gran milagro por su voluntad omnipotente, ¿por que no han de atribuirse al mismo principio los demas, aunque menos asombrosos? ¿y con que razon se quiere hacer una ridicula distincion atribuyendo unos á la accion inmediata del poder divino, y otros á la mediata de algun agente natural aunque desconocido? ¿No se ve en todos al mismo Jesus mandando como Señor á la naturaleza entera?

Entremos por un momento al exámen del paralelo que se

ha querido hacer, y cuya futilidad será muy fácil demostrar. Las curaciones que se contraponen á los milagros evangélicos requieren tiempo, paciencia y constancia; los resultados del arte son inciertos, suelen ser incompletos, no siempre felices, y mas de una vez han sido funestos: en todo se percibe una causa desconocida y singular, si se quiere, pero cuya accion, como la de todas las causas físicas, tiene su principio, sus progresos y su término. Por el contrario, las curaciones hechas por el Salvador de los hombres no presentan el mas mínimo indicio de falta de poder, de incertidumbre ni de insuficiencia; son repentinas, instantáneas, seguras y completas: en las primeras vemos el orden y los trámites de una curacion médica, admirable cuanto se quiera, pero que tiene su causa secreta en la naturaleza; pero en las otras brilla la accion momentánea é inmediata del poder divino; y entre ámbas media una inmensa distancia.

¡Que siglo este en que parece no haber ciencia ni talento sino para hacer contra la religion comparaciones y argumentos faltos de juicio y de lójica! ¡Que tiempos los nuestros en que los apolojistas del cristianismo se ven precisados á refutar sériamente asimilaciones tan indignas! Si alguno pues me reconviene de que prostituyo hasta este punto mi ministerio, le responderé que el grande Apóstol San Pablo me ha enseñado á ser débil con los débiles, y que la experiencia ha justificado mas de una vez á mis ojos esta condescendencia: pudiera recordarle tambien que obligado el mismo Apóstol á salir de la moderacion ordinaria, y á hablar de sí mismo haciendo su elojio, para desvanecer las voces falsas que se habian esparcido contra él, decia á los cristianos de su tiempo: «Si he hablado como un indiscreto, no me «echéis á mí la culpa, me he visto precisado á ello.» *Factus sum insipiens, vos me coegistis* (1).

No necesitamos ya de largos racionios para ver en los prodijios de Jesucriso la obra del mismo Dios. Advertid, Señores, que no debe considerarse un milagro solo en particular, sino que es necesario examinar el conjunto de los milagros evangélicos, su número, su esplendor, su variedad,

(1) H Cor. XII, 2.

su objeto, la prontitud en su ejecución y los efectos durables que producen; así considerados presentan rasgos tan palpables de grandeza, de santidad y de bondad, que es imposible no reconocer en ellos la mano de un Dios infinitamente bueno y poderoso. En sus circunstancias y pormenores nada se advierte que sea indecoroso, nada impuro ni cruel, y nada que descubra un agente odioso y maléfico; tampoco hay escenas escandalosas que ultrajen las buenas costumbres, y su objeto es siempre la virtud y el bien de la humanidad, ¿Y que idea deberémos formar de esos espíritus subalternos llamados demonios? La de unos enemigos de los hombres, padres de la mentira, é incitadores á todos los errores y á todos los crímenes. Por este motivo su verdadero imperio es el de la idolatría con las torpezas é infamias que lleva consigo. Jesus por el contrario se decía enviado de Dios para destruir los vicios y errores del paganismo, para atraer á los hombres al conocimiento del Dios único criador del universo, y para restablecer en la tierra el ejercicio de todas las virtudes. Si hubiese ejecutado sus milagros con la asistencia del demonio, entónces este hubiera empleado su poder en destruir su propio imperio y en perjudicarse á sí mismo; pues á la verdad un demonio, que se empleára en arruinar el reinado del vicio para establecer el de virtud, sería un demonio bien extraño: por esto Jesus para rebatir esta absurda proposición de los Judíos, les decía: «Si hago prodijios en nombra del demonio estará contra sí mismo, pues procura su propia destruccion (1).» Esta respuesta no admite réplica. Queda pues probada la divinidad de sus milagros.

Ya no queda al incrédulo mas que un solo recurso; y es decir, que mas bien los obraba Jesus á impulso de su compasion y bondad, que para probar la divinidad de su mision y de su doctrina; ¿pero pudiera creerse que los incrédulos llegasen á cegarse de un modo tan extraño, si no se viese consignada la prueba en sus escritos? Pues este es el miserable error en que incurrió el famoso Juan Santiago. Jesucristo mismo va á desmentir esta loca asercion, y al

(1) Math. XII, 26 et seq.

efecto recordaremos algunos pasajes de su vida. Cuando cura al paralítico declara espresamente que lo hace para demostrar que tiene verdaderamente el poder que le negaban de perdonar los pecados de los hombres (1). Cuando los discípulos de Juan Bautista vienen preguntándole si es el Mesías, su única respuesta consiste en obrar algunos milagros delante de ellos, y luego les dice: «Id y contad á Juan lo que habeis visto y oido; que los ciegos ven, los leprosos quedan sanos, y los muertos resucitan (2).» Hecha la curacion del ciego de nacimiento, rodean á Jesus los Judíos mas principales y quieren que les diga francamente si es él Cristo: Jesus les responde: «Las obras que hago en el nombre de mi padre dan testimonio de mi (3).» Al tiempo de resucitar á Lázaro, anuncia formalmente que va á restituírle la vida, para que el pueblo, testigo de un prodigio tan grande, le reconozca por el enviado de Dios (4), por eso sus Apóstoles que no solamente conocian sus obras, si no tambien el fin con que las hacia, no cesaban de presentarlas como títulos sobresalientes de su mision. Es verdad que Jesus vivió sobre la tierra haciendo siempre beneficios, y que la mayor parte de sus milagros eran efecto de su bondad; pero tambien es evidente que queria manifestar por ellos la divinidad de su mision y de su doctrina. Valerse pues del desahogo de su compasion afectuosa para rebatir su mision divina, es aparentar reconocimiento ocultando la mas odiosa impiedad. Hemos refutado suficientemente el mas ridiculo de todos los argumentos.

Ya es tiempo de sacar la consecuencia natural que se deriva de la realidad de los milagros evangélicos: hoy nos limitaremos á indicarla, y en otro discurso la ilustraremos con la ampliacion necesaria. Si los prodigios hechos por Jesus en otro tiempo anunciaban á toda la Judea que era el enviado de Dios, y por consiguiente que debia oírse su voz y seguirse su doctrina abrazando los preceptos y misterios

(1) Math. IX, 6.
 (2) Math. XI, 4. 5.
 (3) Joan X, 25.
 (4) Joan, XI, 42.

de ella lo mismo nos anuncian diez y ocho siglos despues, y estas maravillas son hoy para nosotros lo mismo que fueron en otro tiempo para los Judíos y los Paganos. Aquí corresponde destruir un error que preocupa algunas veces nuestro juicio, y sobre el cual apenas reflexionamos. Entre las nubes del tiempo y de los siglos. desaparecen en cierto modo á nuestra vista los hechos antiguos, y se diria que son para nosotros como si nunca hubieran existido: sin embargo esto no es mas que una ilusion, pues cualquiera que sea la distancia que los separe de la generacion presente, no por eso es ménos real su existencia; la verdad jamas envejece. y si puede ser ménos perceptible la impresion de los hechos antiguos que la de los presentes, la conviccion es frecuentemente la misma en unos que en otros. Nada hay ciertamente mas ridículo que pretender que la certidumbre de los hechos va decayendo á medida que pasa por las generaciones. No, no es mas cierta la existencia de Luis XIV que la de Enrique IV; la de este que la de Cárlo-Magno; la de Cárlo-Magno que la de Constantino, ni la de este que la de Augusto: diré mas, cuando los hechos antiguos han pasado al traves de un gran número de generaciones, y siendo de tal naturaleza que hayan podido ser discutidos constantemente, han arrastrado sin embargo la creencia universal, presentan en esta acquiescencia de las naciones y de los siglos un nuevo motin de certidumbre.

Séame ahora, Señores, permitido al acabar, dirigir mi voz á los que puedan vacilar aun entre la incredulidad y el cristianismo, y decirles: ¿Que partido quereis tomar? Negar la posibilidad de los milagros es precipitarse en el ateismo: disputar la realidad de los del Evanjelio es arrojarlos al pironismo histórico mas universal é insensato: y creer estos milagros y no ser cristiano es ser inconsecuente. Los hechos evangélicos estan mejor probados que otros muchos de que no dudais, y la prueba que se saca de ellos á favor del cristianismo no admite réplica. Aquí podemos repetir aquellas graves y memorables palabras que dirijia á su hijo uno de los mas grandes majistrados que honran la Francia (1).

(1.) *D. Aguessean.* Etud. prop. á former un Magistrat. Sus obras. Tom. I, páj. 262.

INDICE DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE NUMERO.

	Pág.
Suscripcion en favor de Su Santidad.	167
EL ALMA, por el Sr. Director D. Nicolás de Lora Pro.	176
Las creencias religiosas de los principales filósofos de los tres últimos siglos, FRAY LUIS DE GRANADA. (Continuacion.)	186
Influencia del Catolicismo en la civilizacion, por D. N. N.	196
POESIAS.—Composicion inédita del ilustre Maestro Fr. Luis de Leon.	200
En la gloriosa Asuncion de la Santísima Virgen.—Soneto, por D. Francisco Rodriguez Zapata. Pro.	201
El Rosario de mi Madre, Leyenda religiosa, por D. Gaspar Bono Serrano, Capellan de honor de S. M. (Continuacion.)	200
A Pio IX. Oda por D. S. Teran Puyol.	214
SECCION OFICIAL.—Reglamento de segunda enseñanza. (Continuacion)	220
ROMA.—Carta del «Euscaldura» fecha 14 de Agosto.	220
Noticias de los autores que han formado el <i>Homenaje catolico</i> para la fiesta del Centenar.	220
Fragmento de un opúsculo de Mons. Dupauloup.	227
VARIEDADES.—El nacimiento de María, por D. Roman Doldan y Fernandez.	227
Los conventos en 1834.	227
Sueltos.	

ANUNCIOS.

Coleccion de las Alocuciones consistoriales, Enciclicas y demás Letras Apostólicas citadas en la *En íclica y Syllabus* del 8 de Diciembre de 1864. Obra utilísima para todos los Sacerdotes é hijos fieles de la Iglesia. Forma un grueso volumen de 712 páginas, mitad en latin y mitad en castellano.

Se halla de venta á 34 rs. en esta Administracion, pudiendo pagarse por mensualidades.

BREVES REFLEXIONES

FILOSOFICO-POLÍTICAS

SOBRE LA MUERTE DE MAXIMILIANO. POR DON FRANCISCO ROMAN Y CAMPOS.

Magistral de la Catedral de Ceuta y miembro de varias sociedades científicas.

Se halla de venta al precio de 4 rs. en la administracion de la Verdad Católica, Colon 10.